



LA MANIFESTACIÓN. LA PRODUCCIÓN DEL ACONTECIMIENTO POLÍTICO

Demonstration. The Production of Political Events

Patrick Champagne¹

Centre européen de sociologie et de science politique. Université Paris 1

Patrick.Champagne@univ-paris1.fr

Resumen:

La manifestación del 23 de marzo de 1982 en París, reagrupó a miles de agricultores ante la llamada de la Federación Nacional de los Sindicatos de Explotadores Agricultores (FNSEA) y el Centro Nacional de Jóvenes Agricultores (CNJA), un caso particularmente interesante para aportar luz sobre las apuestas mayores presentes en la mayoría de manifestaciones. Exhibiciones simbólicas y teatralizadas de grupos de protesta que se pretenden representativos de categorías sociales -en su totalidad-, las manifestaciones están destinadas sobre todo a la prensa que transforma estas acciones en acontecimientos políticos. Tras analizar la eficacia simbólica de la acción de protesta pública, es decir, las condiciones sociales de la producción del "acontecimiento periodístico", el autor se interroga sobre el proceso de fabricación de colectivos sociales, los cuales son menos grupos reales que auténtico grupos metafísicos producidos por y para la política.

Palabras clave: Manifestación, eficacia simbólica, campo político, acontecimiento, capital simbólicos.

Abstract:

The demonstration on 23 March 1982 by several thousand farmers called out by the Federation nationale des syndicats d'exploitants agricoles and the Centre national des jeunes agriculteurs is a particularly interesting case in bringing to light the major stakes that are present in most demonstrations. These symbolic, theatricalized exhibitions by protest groups which present themselves as representative of whole social categories are principally designed for the press, which transforms these actions into political events. Having analysed the conditions of the symbolic efficacy of the action of public protest, i.e. the social conditions of production of the «journalistic event», the author considers the process of the

¹ N. de T. Traducido por Miguel Alhambra Delgado y David J. Domínguez González. En esta traducción hemos intentado ser fieles al formato y estructuración del texto original de Patrick Champagne, pues, como se apreciará, tanto los encuadres de texto como los diferentes tamaños de letras son utilizados por el autor para cambiar de perspectiva de análisis, o bien como una exposición más específica. Finalmente, quisiéramos agradecer a Patrick Champagne su amabilidad y disposición para llevar a cabo esta traducción. El artículo original se encuentra en: "La manifestation. La production de l'événement politique", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 52-53, junio 1984, pp. 19-41.

creation of social collectives which are not so much real groups as genuine metaphysical groups produced by and for politics.

Key-words: Demonstration, symbolic efficacy, political field, event, symbolic capital

“Pueblo: Nombre colectivo difícil de definir dado que se forma de ideas diferentes en diversos lugares, diversos tiempos y según la naturaleza de los gobernantes”.

Artículo de L'Éncyclopédie (1765) redactado por Jaucourt.

“Yo no soy ni el adulador, ni el moderador, ni el tribuno, ni el defensor del pueblo; soy el pueblo mismo”

Robespierre, 1791.

Reconstrucción

El 23 de marzo de 1982, ante el llamamiento de la Federación Nacional de los Sindicatos de Explotadores Agrícolas (FNSEA) y el Centro Nacional de Jóvenes Agricultores (CNJA), varias decenas de miles de agricultores -58.000 según la prefectura de policía y más de 100.000 según los sindicatos- vinieron de numerosas regiones de Francia, en coches y en trenes, para desfilar en la capital. Ya desde la mañana, distribuyeron a los parisinos, en la salida de las estaciones y paradas de metro, unos 200.000 folletos de ocho páginas redactadas por la FNSEA y el CNJA, con el título: “París, los campesinos vienen a tu encuentro”, pretendía “restablecer la verdad” sobre cierto número de reproches que los urbanitas habrían hecho a los agricultores (supuestamente, recibían demasiadas subvenciones, no pagaban suficientes impuestos, contaminaban la naturaleza, ejercían malos tratos a los animales, etc.). El desfile salía de la plaza de la *Nation* para llegar, después de un recorrido de 7 Km pasando por la plaza de la *République* y por la estación del Este, al pabellón *Baltard*, donde los responsables sindicales, instalados en una tribuna cubierta de blanco y verde, debían pronunciar sus discursos durante el fin de la sobremesa antes de que los agricultores, llegada la noche, volvieran a sus casas. El desfile había comenzado hacia las 11 de la mañana. Una veintena de tractores abrían la marcha, encabezados por un viejo Lanz de color gris de 1933; tras una enorme banderola con las siglas de la FNSEA y el CNJA estaban los responsables nacionales de estos movimientos sindicales, en primer rango, Françoise Guillaume, con chaqueta de cuero y jersey de cuello alto, y Michel Fau, el presidente del CNJA. Más hacia atrás se encontraban otros dirigentes, como Michel Debatisse, expresidente de la FNSEA que fue, bajo la presidencia de Giscard d'Estaing, Secretario de Estado de Agricultura. A continuación venía el cortejo propiamente dicho, compuesto en su mayoría por jóvenes agricultores (las mujeres y los agricultores ancianos eran raros), de donde emergía un verdadero bosque de banderolas que indicaban el origen geográfico de las delegaciones y numerosas pancartas con dibujos humorísticos y eslóganes con inspiraciones muy diversas: además de las caricaturas y las formulas que estigmatizaban de modo irónico a los responsables políticos: “Cresson dimisión”, “Pas de Cresson, de l'oseille”², “La gallina a la olla, Thatcher y Cresson al caldo”, “Thatcher al infierno, Cresson a los cerdos”, “Édith el buen heno me alimenta más que tus discursos”. Por otro lado, diversas pancartas expresaban reivindicaciones económicas muy precisas, en particular, la fijación de los precios agrícolas por Bruselas el 1 de abril: “16% de aumento el 1 de abril”, “Reducción de los costes de producción”, “Un tractor en 1971 = 25.000 litros de leche, en 1981 = 86.000 litros”, “Rechazamos reducir la producción”, “Fin de las importaciones de cerdos extranjeros”, “Ordeñar 365 días por año, merece ser pagado”, “La mandioca en Rotterdam, supone el paro en Francia”, “Una explotación de menos, dos parados más”. Otras pancartas reclamaban un lugar justo para los

² N. de T. Juego de palabras de difícil traducción que alude al apellido de la entonces Ministra de Agricultura, Edith Cresson (de 1981 a 1983): Cresson significa berro (hierva a veces usada para cocinar), mientras que oseille es acedera y también dinero.

agricultores en la sociedad: “Justicia, no caridad”, “Queremos vivir de nuestro trabajo, no de la limosna”, “Nosotros somos el petróleo verde”, “2 francos el pan, 20 céntimos el trigo”, “La leche del domingo cuesta lo mismo que la de los otros días de la semana”. Por último, otras demandaban que el cambio político de mayo de 1981 favoreciese por igual a la agricultura: “Basta ya de promesas”, “¿Les va bien el cambio?”, “También para nosotros el cambio”, “Campesino sí, siervos no”. Asimismo, algunos carteles evocaban, de modo amenazante, las violencias campesinas tradicionales: “Cuidado, estoy desanimado, a punto de enrabiarme”, “El campesino se hace peligroso, cuando se le engaña, se defiende”, “*Jacquou le croquant*³, no está muerto”, al igual que el rechazo a dejarse explotar por los urbanitas: “Ciudadano, vives bien pero podrías tener hambre”, “Si sólo trabajásemos 39 horas, estaríais obligados a trabajar 80 para pagar vuestra comida”, “Ciudadanos, sin campesinos, moriréis”, “Las ubres de Francia están hartas de ser ordeñadas”.

Aunque los manifestantes no gritaban mucho durante el desfile (ningún eslogan cantado –exceptuando algunos esporádicos “bravo Guillaume” y “Cresson dimisión”- ni megáfonos gritando consignas), la manifestación fue sin embargo bastante ruidosa, algunos agricultores hicieron estallar petardos y cohetes a lo largo del recorrido (usados generalmente para hacer huir a los cuervos), mientras que otros, los productores de leche del Oeste, arrastraban sobre la calzada bidones de leche vacíos o, los saboyanos, que hacían sonar cencerros de vaca. Entre otros rasgos específicos y, podría decirse “folclóricos” de esta manifestación de agricultores, se podía subrayar también la presencia de algunos animales que simbolizan el mundo agrícola: un pequeño cerdo muerto enganchado a una pancarta; un cordero vivo llamado “Kiki” coronado por una pancarta sobre la cual estaba inscrita “Cresson estamos hasta las narices”, y que, según su propietario, un agricultor que llevaba un traje a rayas y que lo llevaba con una correa, participaba, como si fuese una mascota, en todas las manifestaciones desde hace siete años; por último, algunas vacas llevadas hasta la calle *Cognacq-Jay* frente al edificio de la televisión. Otra pincelada “folclórica”, los colores vivos de algunos trajes regionales (gorra verde y amarilla de los manifestantes de la región de *Gers*, blusa azul de los campesinos de *Aube*, etc.) que surgían de aquí y allá entre el mar de anoraks y parcas grises o caquis de los jóvenes agricultores y las chaquetas de pana y las gorras a cuadros de los agricultores más ancianos. Finalmente, algunos manifestantes aprovechaban su improvisada subida a París para hacer rápidas compras en las tiendas ubicadas en el recorrido (en particular, en las zapaterías, que hicieron aquel día muchas ventas) o se sentaban para discutir en los cafés cercanos al desfile. Este aspecto rural o provincial se encontraba también en la atmósfera de romería que acogía la llegada de los manifestantes en la *Halle de Pantin*: sobre un fondo sonoro de salsas, música de las Antillas y cantos folclóricos, el vicepresidente de FNSEA saludaba a “cada delegación departamental” con estrofas de presentador (“Los pies en el agua, la cabeza en las Cevenas, aquí viene Hérault”...). Durante el mitin que, sobre las cuatro de la tarde, cerraba la manifestación, nueve oradores se sucedieron en la tribuna que reunía a las grandes organizaciones profesionales; las intervenciones de los líderes sindicales del CNJA (Michel Fau) y de la FNSEA (François Guillaume) debían clausurar el mitin. Michel Fau declaró que esa “jornada histórica” era una “advertencia solemne” dirigida hacia los poderes políticos y hacia aquellos “que han querido dividir y debilitar el sindicalismo” y criticó “a los grandes pensadores que deben volver a pisar tierra y aceptar que los campesinos tengan sus propias ideas para tomar las riendas de su futuro”. François Guillaume, tras haber subrayado la unidad y la solidaridad de los campesinos en el seno de la FSNEA, denunció los “proyectos gubernamentales,

³ N. de T. *Jacquou le croquant* evoca las insurrecciones campesinas del siglo XVII en el sur de Francia. Personaje de la novela de Eugène Le Roy.

⁴Esta reconstitución de la manifestación del 23 de marzo de 1982 ha sido realizada –excluyendo voluntariamente el testimonio directo– a partir de entrevistas, de análisis, de fotografías y del listado exhaustivo de descripciones a las que dan lugar, tanto la prensa diaria parisina (*Le Figaro*, *France-Soir*, *Le Monde*, *Libération*, *Le Quotidien de Paris*, *L’Humanité*, *Le Matin*) como la prensa provincial (*Ouest-France*), tanto los semanarios parisinos (*Le Point*, *L’Express*, *Le Nouvel Observateur*, *Le Nouvel Économiste*, *La Vie française*, *Les Nouvelles littéraires*, *L’Expansion*) como la prensa sindical (*L’Information agricole*, órgano de la FNSEA, *Jeunes agriculteurs*, órgano de la CNJA, *La Terre et l’exploitant familial*, órgano del MODEF, *Paysans*, órgano del Ifocap, *L’Action agricole de Touraine*, órgano de la FFA de Indre-et-Loire, *Le Paysan Nantes*, órgano de la FDSEA de Loire-Atlantique) y la prensa agrícola (*Le Producteur agricole français et Agrisept*). Sobre el sindicalismo agrícola véase más abajo el enmarcado. Varios análisis concernientes particularmente a los fenómenos de representación deben mucho a las reflexiones suscitadas por las lecciones que Pierre Bourdieu dedicó a la génesis social de los grupos en el Collège de France en 1981. Agradezco igualmente a Yvette Delsaut, Remi Lenoir y Monique de Saint Martin por la lectura atenta de la primera versión de este texto, así como a Alain Guillermin por las numerosas discusiones que tuvimos conjuntamente sobre las manifestaciones de los campesinos.

mucho más marcados por el sello de la doctrina que por el realismo de las situaciones”, y mostró su oposición a las sociedades territoriales, ya que ocultan una “estatización de los mercados”. Fijó en un 16% el nivel de aumento necesario para los precios agrícolas y tras declarar que “la FNSEA está más viva y más fuerte que nunca” y que “ya es hora de que el gobierno tome conciencia de ello y saque sus propias conclusiones”, concluyó aludiendo a “la simpatía del pueblo francés hacia los campesinos”.

Algunos incidentes menores marcaron el desarrollo del desfile: llantas de tractores fueron quemadas aquí y allá sobre la calzada; un sindicalista obrero hizo un “gesto obsceno” hacia la comitiva campesina desde la Bolsa del Trabajo y ésta fue bombardeada con cohetes, huevos podridos y piedras que rompieron números cristales; ante la sede del Partido Socialista, en el *boulevard Magenta*, algunos agricultores corearon eslóganes hostiles (“vagos”, “corruptos”); finalmente, lanzaron huevos contra una oficina de la Seguridad Social. En líneas generales, sin embargo, la manifestación parece haber sido bien controlada tal como lo deseaban sus organizadores: se dieron consignas muy estrictas a los manifestantes (en particular, evitar tomar bebidas alcohólicas); se estableció un servicio de orden importante con el objetivo de prevenir cualquier incidente; algunos militantes, a fin de ganarse la simpatía de los automovilistas parisinos paralizados en los cruces, se excusaban, a través del megáfono, “por la molestia”. El desfile se desarrolló en general bajo una gran indiferencia: la población parisina era escasa a lo largo del recorrido y apenas mostraba aprobación o desaprobación⁴.

Una manifestación muy dispersa

Lo anterior podía ser el relato “objetivo” de una manifestación banal –no es la primera vez que una “categoría social” se manifiesta en las calles de París-, aunque sí un poco rara –los agricultores, fuera de una feria agrícola, y subiendo de forma multitudinaria a París. Pero, ¿tiene sentido esta reconstrucción “histórica”? ¿Acaso la manifestación ha existido para alguien bajo esta forma “objetiva”? En realidad, esta descripción podría no ser más que un artefacto que, al modo de las genealogías de los etnólogos, es el producto abstracto de trabajo específico de totalización, tanto más imperfecto e incompleto cuanto que él se refiere, aquí, a un tipo de acontecimiento por esencia no totalizable. En primer lugar, para los participantes mismos que no ven más que una pequeña parte de la manifestación y a menudo intentan desesperadamente, subiéndose a un banco o saltando, tener una perspectiva del conjunto de la manifestación en la que participan. A la vez actores y espectadores, los participantes esperan el acontecimiento, previsto o imprevisto, deseado o temido, que no puede dejar de surgir en una acción que se proyecta a sí misma como acontecimiento: se busca el ver algo, sin saber demasiado el qué, un líder, un incidente, o alguien conocido; algunos se desplazan por el desfile en función de las aglomeraciones que se forman y se diluyen, escuchando y transmitiendo los rumores más incontrolados que surgen, sin saber jamás de dónde.

Los propios periodistas, a pesar de ser espectadores profesionales cuyo oficio consiste precisamente en “cubrir el acontecimiento” y que, además de las informaciones suministradas por los organizadores, disponen de medios técnicos que permiten seguir de la forma más completa el desarrollo (reporteros con motos, fotógrafos, magnetófonos, equipos móviles preparados para intervenir, radio-teléfonos, etc.) o tener una vista aérea (helicóptero), no pueden ver ni captar todo, dado que este tipo de acontecimiento es el producto de miles de acciones más o menos orquestadas y controladas, incluso en un desfile organizado y, a fortiori, en las manifestaciones más espontáneas. Pero, sobre todo, la descripción “objetivista” deja escapar el hecho de que uno de los desafíos más específicos de este tipo de acción colectiva reside precisamente en la lucha, en particular, entre el grupo que se manifiesta y la prensa, por la imposición de una imagen social del acontecimiento. Lucha especialmente visible aquí debido a que, en cierto modo, estaba en segundo plano y como objeto explícito de la manifestación agrícola, cambiar la imagen más bien negativa que los urbanitas y la prensa se hacen del mundo agrícola.

Lo que se dice y se ve del acontecimiento es el producto del encuentro entre las propiedades del grupo que se presenta y las categorías de percepción, sociales y políticas, del grupo social formado por los periodistas.

Tanto la pluralidad incontrolable de las acciones cometidas en el curso de estos grandes movimientos colectivos como la incertidumbre de las evaluaciones numéricas de los participantes y la diversidad de las “motivaciones” implicadas dejan a la prensa un amplio poder de constitución del acontecimiento: no existe una manifestación objetiva, sino representaciones más o menos contradictorias de la manifestación llevadas a cabo por los diferentes soportes de prensa.

La percepción llevada a cabo por el campo periodístico se organizó a partir de la oposición política izquierda/derecha, la cual condujo a los diarios a seleccionar, entre los hechos observables, algunos trazos en función de una “línea política”, más o menos explícita. Para *L’Humanité* (24 de marzo de 1982), la manifestación fue un “fracaso” y dio lugar a incidentes escandalosos: “Una manifestación de agricultores tuvo lugar ayer en París. Unas 60.000 personas desfilaron desde la *Nation* hasta la *Porte de Panti*. Los organizadores esperaban 100.000 personas. Es comprensible que muchos explotadores familiares –con reivindicaciones muy justificadas- no acepten desfilar tras quiénes son causa de sus dificultades”. En relación a los “actos inadmisibles” cometidos en la Bolsa de Trabajo, *L’Humanité* reproduce el comunicado de la CGT: “Estos actos despreciables y los gritos de ajusticiamiento en contra de la CGT tienen que ver con métodos fascistas”. Por último, el diario comunista concluye: “El comportamiento de cierto número de manifestantes y de algunos responsables durante el desfile no estaba encaminado a mejorar la comprensión de los ciudadanos ante los problemas campesinos”. En el lado opuesto, para *Le Figaro* (24 de marzo) que apoyaba a los organizadores y retomaba su propuesta, la manifestación fue un gran éxito, tanto por el número de manifestantes como por la acogida que el pueblo parisino les reservó: el periodista de *Le Figaro* contó “más de 100.000 agricultores procedieron a una manifestación pacífica”; “el contacto con los parisinos se desarrolló positivamente”. Para *Le Monde* y *Libération*, la línea política se expresa menos en la descripción del propio desfile (el cuál se considera exacto e irreprochable) que en los comentarios que acompañan esta descripción: los dos diarios señalan la relativa indiferencia de la población parisina con respecto a la manifestación, así como la agresividad larvada de los manifestantes. *France-Soir* y *Le Parisien Libéré* no parecen saber cómo tratar el acontecimiento, ni de qué manera integrarlo en una línea política clara: *France-Soir* se limita al estereotipo de la manifestación “responsable” (“los campesinos son demasiado conscientes de la gravedad de la situación: no han venido ni para divertirse ni para armar jaleo”), mientras que *Le Parisien Libéré* adopta el punto de vista del espectador popular y del curioso (“el ambiente era de buen humor, [los campesinos] solamente querían decir que existían al tiempo que se divertían y bromeaban”; “los parisinos han realizado una buena acogida a estos alegres manifestantes. Desde sus balcones y aceras aplaudían el desfile”).

Si este proceso, ya conocido, de constitución del acontecimiento en cada soporte de prensa, ha tomado sin embargo, en el caso de la manifestación de los agricultores, una forma límite, siendo los relatos del acontecimiento particularmente contradictorios, es porque la diversidad de las estructuras de percepción políticas y sociales de los periodistas encontraron aquí una realidad excepcionalmente dispersas en sí misma. *Le Parisien Libéré* puede elegir como campesino representativo a un campesino tradicional del Oeste, con su “chaqueta a cuadros y su gorra típica sobre la cabeza”, con el “rostro curtido marcado por el aire libre”. Para *Le Quotidien de Paris* un joven agricultor “no habría desentonado en una manifestación de estudiantes con sus gafas de pasta, su traje de lana y su peinado Sciences-Po” y para *Libération* un “rico campesino de izquierdas” cuya “indumentaria llama la atención: jeans, playeras, chaqueta azul vivo”. Los cambios frecuentes de aspecto y de vestimenta de François Guillaume, lejos de ser anecdóticos, revelan las estrategias complejas de presentación de sí, de aquél que es el representante de una categoría tan dispersa: desfilando por la mañana con los agricultores pretende sin duda significar, llevando un cuello de tortuga, chaqueta de cuero y mocasines, que él es un agricultor de base, es decir, de abajo; cuando se dirige en la sobremesa a los agricultores (y a las cámaras de televisión), lleva un traje gris muy estricto y una corbata roja

muy telegénica, como para subrayar la respetabilidad burguesa del negociador responsable, elegancia y lenguaje que no tiene nada que envidiar a la de los urbanitas⁵.

Sin duda no existe “categoría social” que se encuentre tan dispersa, hoy en día, como la de los agricultores, tanto en su composición interna como en sus modos de acción y protesta. Producida por la historia, que actúa todavía bajo la forma cristalizada de instituciones políticas y sociales, y por las estrategias de orden político, la categoría “agricultores” tiende a reunir una población particularmente heterogénea: económicamente muy diversa. Ya sea por su relación con el modo de producción (y las oportunidades de supervivencia o desarrollo) o por el tipo de producciones (viticultura, cereales, ganadería, productos hortícolas, etc.), los agricultores se encuentran dispersos geográficamente en todo el territorio. ¿Cómo es posible que una población tan heterogénea haya podido movilizarse y presentarse con todas las apariencias de unidad y solidaridad, a pesar del “individualismo agrario” (según la expresión Marc Bloch) aún considerable y con vínculos locales poderosos que dificultan el establecimiento de solidaridades más amplias? Es cierto que el sindicalismo agrícola desempeña, en parte, el papel de “vínculo nacional” necesario para unificar la acción de una población tan atomizada. Aunque, no es seguro que exista una fuerte “similitud de intereses”, otro elemento indispensable según Marx, para que se pueda hablar de una “clase social campesina”⁶.

La cuestión de “la unidad del campesinado” es menos una cuestión científica que el producto de acciones políticas, no siendo el Estado, con todo el peso institucional que ostenta, uno de los últimos agentes en intervenir en este dominio⁷. Así, por ejemplo, la creación por Gambetta de un Ministerio de agricultura en 1881 (distinto del Ministerio de comercio y trabajos públicos), la instalación en cada departamento de las Cámaras de Agricultura a partir de 1927 y la creación de la Asamblea Permanente de Cámaras de Agricultura en 1935 (asamblea que reagrupa en París a todos los presidentes de las Cámaras de Agricultura), la instauración bajo el régimen de Vichy de la Corporación Campesina o incluso el reconocimiento, de facto, de un monopolio de la representación campesina en la FNSEA, fueron algunas de tantas decisiones políticas que constituyeron instituciones profesionales o corporativas basadas en una concepción unitaria del mundo agrícola (“la civilización agraria”), y que no pueden más que reforzar la creencia, parcialmente fundada, de la unidad del mundo campesino. Numerosas instituciones se crearon, tales como el *Crédit Agricole*, la *Mutualité Sociales Agricole* o los oficios profesionales por productos, los cuales organizan una suerte de solidaridad en el interior del mundo agrícola⁸. De hecho, no fue hasta 1982 cuando los trabajos llevados a cabo por el INSEE⁹ tendieron a subdividir la categoría socio-profesional “agricultores”, categoría que la mayor parte de especialistas en ciencias humanas encontraban ya inutilizable, debido precisamente a su gran heterogeneidad interna. Son tres las subdivisiones groseras que permiten descomponer la población agrícola en función del tamaño económico. En 1982, el INSEE estimaba en 1.516.000 el número de agricultores (es

⁵ Sobre las estrategias de presentación de los dirigentes agrícolas véase S. Maresca, La représentation de la paysannerie, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 38, mayo, 1981, pp. 3-18.

⁶ “[las millones de familias campesinas] no constituyen una clase en la medida en que no existen entre los campesinos parcelarios más que un vínculo local y donde la similitud de sus intereses no crea ninguna comunidad, ninguna relación nacional ni ninguna organización política” K. Marx, *Le 18 brumaire de Louis Bonaparte*, Paris, Éditions sociales, 1963, p. 105. (Existe versión en castellano: Karl Marx. *18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987).

⁷ Se utiliza aquí una aproximación similar a las clasificaciones sociales que realiza por ejemplo Moshe Lewin a propósito de la Unión Soviética, en donde la designación o no de “koulak”, con las consecuencias trágicas que ello implica, dependía de criterios, variables según los periodos, establecidos por el Estado. Cf. M. Lewin, L'État et les classes sociales en URSS 1929-1933, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1, febrero, 1976, pp. 2-31.

⁸ Sobre estas formas institucionalizadas de solidaridad que tienden a romper el aislamiento de los agricultores, véase H. Nouyrit, Causes et conséquences des solidarités en agriculture, *Économie Rurale*, 152, noviembre-diciembre, 1982, pp. 44-48.

⁹ N. de T.: el INSEE (Institut National de la Statistique et des Études Économiques) es la institución equivalente en Francia al INE en España (Instituto Nacional de Estadística).

decir el 6,5% del conjunto de la población activa) que se descomponían de la siguiente manera: 730.000 agricultores de pequeñas explotaciones (el 48% del conjunto total de agricultores), de los cuales el 29% tenían menos de 40 años. Mientras que 330.000 agricultores eran grandes explotaciones (solamente el 21,8% de los agricultores), de los cuales el 35% tenían menos de 40 años (algo que indica una mayor probabilidad de reproducción para esta sub-categoría)¹⁰.

El sindicalismo agrícola: un sindicalismo único

Una manifestación es una acción que se hace ver y que la mayor parte del público, situado en posición de espectador, no verá más que lo que se le haga ver de forma mediatizada a través del campo periodístico. Pero una manifestación no es más que un momento en la historia de un grupo social o de una organización sindical; por eso, para comprender este acontecimiento, a la vez puntual y coyuntural, es necesario resituar esta acción en un contexto más amplio y recordar algunos datos históricos, sobre todo cuando –como en el caso de los agricultores- la historia participa también directamente en la definición contemporánea del grupo.

En su origen el sindicalismo agrícola estuvo caracterizado por una fuerte rivalidad entre dos corrientes. Esta rivalidad procedía de una base exterior al propio campesinado, es decir, se trataba de una rivalidad política y no tanto una rivalidad fundada sobre una diferenciación interna del campesinado, tal y como sucede hoy en día. Creada en 1867 a iniciativa de los grandes terratenientes rentistas, la Sociedad de Agricultores de Francia se transformaba en 1886 en la Unión Central de los Sindicatos Agrícolas. Mientras que los republicanos creaban en 1880 la Sociedad Nacional de Apoyo a la Agricultura, antesala de lo que sería la Federación de los Sindicatos Agrícolas, organización creada en 1909. Esta división sindical que, a pesar de los intentos de unificación se mantendrá hasta la II Guerra Mundial, coincide a grandes rasgos con la división derecha-izquierda, tomado el campesinado como apuesta política y electoral por el campo político. La no especificidad de esta oposición, parcialmente externa a los intereses propios ligados a las diferentes fracciones que componen el campesinado, se transparenta en la creación durante el periodo de entreguerras de sindicatos “verticales”, es decir, de agrupaciones profesionales por productos (Asociación General de Productores de Trigo, Confederación General de la Remolacha y la Confederación de la Leche, por no citar más que las más importantes) que se mostraban tanto más eficaces cuanto que eran más proclives a defender intereses específicos de productores especializados. Fue el gobierno de Vichy quien impuso el sindicalismo único con la “Corporación Campesina”. Con la Liberación se creó la Confederación General de la Agricultura (CGA), la cual reagrupó a todos los sectores de la agricultura (las explotaciones agrícolas, la cooperación, la mutualidad, el crédito, los técnicos y los obreros agrícolas). Aunque un poco después y con bastante rapidez las explotaciones agrícolas, reagrupadas en la Federación Nacional de las Explotaciones Agrícolas (FNSEA), adquirieron una posición preponderante que eclipsó a la CGA. La FNSEA, creada en 1947, con su rama juvenil, el Centro Nacional de Jóvenes Agricultores (CNJA), se encuentra así instalada tras la guerra en una situación de cuasi-monopolio a la hora de representar a los agricultores, unidad sindical que estará constantemente amenazada, no tanto por divisiones propiamente políticas como por las contradicciones de “trabajar” una población muy heterogénea. En 1953, la caída de los precios del vino y de la carne estuvo en el origen de manifestaciones de gran amplitud y acarrió la creación del “Comité de Guéret” que reunía a 18 federaciones departamentales, compuestas en su mayor parte por un pequeño campesinado tradicional, sin provocar con ello escisión alguna, ya que respondía a las posiciones adoptadas por los dirigentes nacionales de la FNSEA. No fue hasta 1959 cuando ciertas federaciones excluidas – junto con otras- crearon, bajo el impulso del partido comunista, el Movimiento de Defensa de las Explotaciones Familiares (MODEF). Hasta 1958 la política de “paridad de los precios agrícolas” con respecto a los precios industriales defendida por FNSEA permitía mantener una unidad, al menos aparente, en la medida en que la garantía de los precios agrícolas podía beneficiar en principio tanto a los pequeños como a los grandes productores. La política llamada de “estructuras” preconizada por el CNJA en 1960 aspiraba a instaurar una “paridad del nivel de vida” entre agricultores y ciudadanos, favoreciendo a las fracciones medias más modernistas del campesinado. Esta política selectiva apoyada por la FNSEA dividió a la profesión y estuvo, en gran medida, en el origen de la creación o del desarrollo de sindicatos disidentes. Mientras que el MODEF se desarrollaba reclutando sus apoyos en el pequeño campesinado familiar, condenado por la política agrícola; en los años 60 se observa la aparición en el seno

¹⁰ A. Desrosières, A. Goy y L. Thévenot, L'identité socialé dans le travail statistique. La nouvelle nomenclature des professions et catégories socio-professionnelles, en *Economie et statistique*, 152, febrero, 1983, p. 65.

mismo de la CNJA de una tendencia disidente que representaba una parte del campesinado medio que se había modernizado, sobre todo, desde la Ley de orientación de 1960-61, y que reaccionó ante los efectos juzgados como “nefastos” de la modernización (intensificación, endeudamiento, dependencia respecto a las industrias alimentarias, etc.). En 1974, esta tendencia se escindiría y creará la Asociación Nacional de los Campesinos-Trabajadores (ANPT), vinculada al partido socialista. Algunos años antes, en 1969, otra tendencia situada políticamente “a la derecha”, que defendía los valores tradicionales del campesinado –la propiedad y la familia-, se había separado para crear la Federación Francesa de la Agricultura (FFA).

El campesinado en representación

Si las acciones de protesta más frecuentes del medio agrícola se expresan bajo la forma de manifestaciones puntuales, especializadas y muy localizadas, es sin duda porque cada fracción intenta administrar por su cuenta sus propios intereses de fracción. Además, estas acciones localizadas presentan por lo general un carácter espontáneo y violento que evoca las imágenes tradicionales de las “jacqueries” o de los “furores campesinos”: explosiones de cólera que, en la mayor parte de los casos, están unidas a la bajada más o menos fuerte de los precios de los productos agrícolas, y en las cuales la acción tiende a prevalecer sobre cualquier otra consideración. Generalmente, estas manifestaciones dan lugar a destrucciones de productos agrícolas y de edificios públicos que, como las inspecciones o las prefecturas, simbolizan con intensidad al único enemigo fácilmente identificable, esto es, al Estado. A estas manifestaciones de grupos limitados pero activos y que no llevan ni pancartas ni eslóganes, cuyas razones para la acción son claras para todos los participantes, se les oponen las acciones unitarias de masas decididas por las instancias sindicales a nivel nacional. De igual modo que en el mundo asalariado, las huelgas puntuales, localizadas, con objetivos precisos y con una duración indeterminada, huelgas generalmente cuestionadas por la prensa, se oponen a las huelgas nacionales “de advertencia”, convocadas por las organizaciones sindicales, cuya duración es limitada y que dan lugar a desfiles por las calles y a numerosos titulares en la prensa.

Al parecer lo que ha asombrado a los observadores de la manifestación agrícola del 23 de marzo reside menos en la manifestación que en la forma poco habitual que ella adoptó. Organizada y preparada con cuidado, enmarcada de manera estricta, se parecía a los desfiles sindicales del 1 de mayo, con sus cortejos ordenados y sus impresionantes servicios de orden, los cuales sirven para evitar los “desbordamientos” o las “provocaciones” propias que empañan la imagen que la manifestación quiere producir; esta protesta campesina pertenece a lo que se podría llamar manifestaciones de “segundo grado”, escenificadas por las organizaciones sindicales en el marco de estrategias precisas destinadas a actuar sobre el poder político. Mientras que, tendencialmente, las manifestaciones de primer grado son manifestaciones “para sí” de grupos reales, preocupándose poco cada participante (que no representa más que a sí mismo), por el espectáculo que puede dar a los otros y por los efectos eventuales que su acción puede comportar a largo plazo, sin embargo, las manifestaciones de segundo grado, por lo general de masas, tienden a privilegiar “el efecto de demostración” ejercido sobre los otros, a cuidar los efectos, en definitiva, a producir de forma deliberada espectáculo, o más exactamente lo espectacular ya que aquí se trata precisamente de actuar impresionando.

Esta oposición, casi rasgo por rasgo, entre dos formas de acción pública, voluntariamente acentuada para subrayar mejor las propiedades específicas, nunca es por supuesto tan pura en la realidad, pues cada manifestación comporta –en proporciones variables- características propias de los dos modos de acción: toda acción espontánea cuenta siempre con algunos efectos simbólicos sobre lo externo mientras que las manifestaciones-espectáculo también deben contar con los “excesos” o las “provocaciones” tan temidas por los organizadores. Además, una acción surgida de la base y poco preocupada en principio por la eficacia simbólica puede, a medida que ella es “recuperada” por los sindicatos, transformarse progresivamente en acción por y para los medios de comunicación. Pero aún así, calmadas o violentas, las manifestaciones

organizadas pertenecen a un modo de acción que no aspira a ser él mismo su propio fin, sino que se pretende un medio para hacer presión haciéndose conocer o reconocerse.

Las manifestaciones-espectáculo no se caracterizan simplemente por el hecho de que estén destinadas a actuar “sobre los otros” (la opinión pública, el gobierno, etc.). Incluso cuando se manifiestan primero para sí mismos, “por darse el gusto” o porque están “hasta las narices”, los participantes en este tipo de acción de masas siempre son un poco conscientes de que actúan para apoyar a sus representantes oficiales, es decir, “a quienes se encargan de defenderlos”. La manifestación de la calle suele tender a situarse, más o menos, entre el desfile militar y la procesión religiosa: el hecho de transitar por las calles, acción a la que se restringen principalmente estas manifestaciones, revela por lo general una voluntad agresiva de toma de posesión simbólica del espacio urbano, propia de suscitar reacciones, incidentes o choques; aunque puede adoptar también, en el caso de las largas marchas por las “causas justas” (como la “marcha por la igualdad de derechos”, por ejemplo, y tal vez de forma similar la marcha sobre París de los agricultores), la forma más “altruista” del peregrinaje¹¹, estando prevista la fatiga física y el sufrimiento ocasionado por el largo desfile. “La fiesta se ha acabado. Por eso, a su pesar, la masa se dispersa para dirigirse hacia los 2.000 autocares, los trenes o los coches particulares. Los participantes en esta memorable jornada volverán a sus casas (...) conscientes de que ha ocurrido algo excepcional. ‘Yo estuve allí’ dirán algunos, valorando a posteriori el privilegio por haber participado”. Este relato, pronunciado por el propio François Guillaume, al final de la manifestación parisina¹², refleja de manera involuntaria la verdad objetiva de este tipo de acción, la cual se reduce en gran parte a un simple “plebiscito con los pies” para los dirigentes, mediante puras gratificaciones simbólicas para los participantes (un buen recuerdo, el orgullo de haber apoyado al sindicato, el espectáculo que los manifestantes se han dado a sí mismos, etc.).

Simples figurantes (más que actores) de un espectáculo del que no conocen siempre el escenario, numerosos participantes de este tipo de manifestaciones podrían movilizarse por otras razones que no son las oficialmente defendidas en las pancartas o proclamas sindicales: algunos están ahí por disciplina sindical, por deber, o incluso en alguna ocasión sin más convicción que la de seguir a los responsables sindicales, o la de “hay que ir” porque “no se puede no ir”; en cambio, otros están ahí por solidaridad con los más desfavorecidos; otros incluso “para ver” o para seguir a los amigos o a los colegas que van; otros, dentro de la lógica de la recogida de firmas, para hacer lo que los otros hacen, etc. Los manifestantes forman así masas anónimas más o menos heterogéneas; su participación descansa sobre una multiplicidad de razones, en algunas ocasiones contradictorias, ya que constituyen no tanto los sujetos de tales desfiles como los objetos - más o menos, condescendientes y lúcidos- de estrategias fundadas en la interpretación otorgada a su participación.

Categoría social muy dividida, el medio agrícola suministra al mismo tiempo una variedad de acciones colectivas muy dispersas que van desde los saqueos o enfrentamientos armados a las operaciones “cosméticas”, pasando por los cortes de carretera, ventas salvajes o “huelgas” (la huelga de la leche). Aunque la manifestación parisina, suerte de acción colectiva ambigua, situada entre la protesta categorial y el desfile de las provincias francesas, haya querido ser una demostración calmada y pacífica, no ha podido dejar escapar -como sin pretenderlo- numerosos rasgos, sofocados rápidamente, relacionados con acciones más violentas. Manifestaciones de segundo grado que conllevaban en su seno la amenaza de manifestaciones de primer grado. Esa “inmensa *jacquerie* pacífica”, según la expresión de un periodista (*Le Quotidien de Paris*, 24 de marzo de 1982), deja ver al mismo tiempo y de manera clara las dos mayores apuestas que se presentan en toda manifestación, y no solamente campesina: por un lado, la representación (en los dos

¹¹ Un periódico se preguntará lo que “la FNSEA espera de este peregrinaje a París” (*Le Quotidien de Paris*, 24 de marzo de 1982).

¹² F. Guillaume, *Le pain de la liberté*, París, J.-C. Lattès, 1983, p.13.

sentidos) del grupo manifestante y por otro, las condiciones de la eficacia simbólica de la acción de protesta pública, o, si se quiere, las condiciones sociales de producción del acontecimiento periodístico.

En efecto, lo quiera o no, cualquier grupo social que se manifiesta está produciendo al mismo tiempo una imagen pública de sí mismo. Si manifestarse desfilando es “mostrar su fuerza para no tener que servirse de ella”, es también “mostrarse” a secas y actuar casi exclusivamente a través de la representación (en el sentido teatral) que el grupo quiere presentar a los otros. Los organizadores de cualquier manifestación, es decir, los que la deciden e intentan controlarla -hasta en los mínimos detalles- su correcto desarrollo, lo saben y ponen en práctica estrategias de presentación de sí más o menos complejas y explícitas, que tienden a influir sobre la representación que el público, a través de la prensa, puede hacerse del grupo manifestante. Y dado que la apuesta principal de los desfiles para los grupos manifestantes consiste en ofrecer una “buena imagen” de sí mismos, es lógico comprender que se produzca a una verdadera hipertrofia de las estrategias de presentación de sí. Aunque presentes en todas las manifestaciones públicas –por ejemplo, los profesores universitarios en mayo de 1983 se vestirán para desfilan por las calles con una toga que no utilizan en sus cursos desde hace mucho tiempo- estas estrategias tomaron, durante la manifestación de los agricultores, una dimensión casi caricaturesca. En efecto, no se trataba sólo de manifestarse en “calma” y de manera “responsable”; se trataba también, tal y como lo precisaban explícitamente las consignas sindicales, “de ofrecer a los parisinos una buena imagen de los campesinos franceses”, es decir, de influir sobre la representación negativa que los urbanitas se hacen de los campesinos y de suscitar comprensión y simpatía.

La preocupación excesiva por la “buena presentación” de sí conduce al grupo que desfila a “concentrarse demasiado” en la virtud y en la gentileza, como si quisiera desactivar la violencia latente contenida en todo movimiento de protesta. De este modo, tal y como ya lo hemos visto en la manifestación parisina, varios periodistas advirtieron no sin cierto asombro que algunos representantes sindicales se excusaban por medio del megáfono ante los automovilistas parisinos: “Comprendan nuestra cólera”, pedía un militante de la FNSEA. ‘Perdonen la molestia de hoy’” (*Le Monde*, 26 de marzo de 1982); “Aquí o allá, el cortejo deja pasar a los coches inmovilizados en los cruces. Una extraña gentileza en este tipo de manifestación” (*La Croix*, 25 de marzo de 1982). El recorrido mismo se limitó a una incursión muy tímida en el Este de la capital. Por lo demás, algunas octavillas distribuidas a los urbanitas se tomaban la molestia de precisar, como si fuese necesario decirlo, que la manifestación de los agricultores no estaba dirigida contra los urbanitas. Sin embargo, esta “buena voluntad” de los agricultores respecto a los parisinos no se limitaba a la preocupación de no molestar. Como grupo social culturalmente dominado respecto a los valores del mundo urbano -que París representa sin duda de forma ejemplar-, los agricultores tienden a construir su propia identidad social a partir de las representaciones que los dominantes se hacen de ellos y a presentarse ante los parisinos como campesinos modélicos¹³.

Se podría señalar numerosos indicios de esta posición culturalmente dominada del campesinado, en particular entre aquellos que ya no son completamente “campesinos” pero que sin embargo son responsables de manifestar, por razones que pueden ser culturales o políticas, un cierto orgullo de su origen. La misma maestra rural de origen campesino, que decía haber sufrido durante su juventud por hablar en dialecto [*en patois*] y que, precisamente por ello, había perseguido el lenguaje de los niños campesinos podía, casi al mismo tiempo y sin contradicción, afligirse de su desaparición -invocando el hecho de que “era mucho más alegre escuchar en el campo a los campesinos hablar en su dialecto [*en patois*] que en francés”- y hasta proponía seriamente que se retomarse en las escuelas primarias, “pero como primera lengua extranjera”. He aquí, en toda su complejidad, el modelo general a partir del cual son engendrados numerosos comportamientos de las clases culturalmente dominadas que, al igual que los agricultores, no pueden construir su identidad social más que a partir de la imagen que ellos se hacen de las expectativas, en

¹³ Sobre este punto véase P. Bourdieu, Une classe objet, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 17-18, noviembre, 1977, pp. 2-5. (Existe traducción en castellano: Pierre Bourdieu, "Una clase objeto", en *El baile de los solteros: la crisis de la sociedad campesina en el Bearne*, Barcelona, Anagrama, 2004.)

ocasiones contradictorias, que las otras clases sociales pueden tener al respecto y que, en este caso límite, puede conducirles a reapropiarse de su propia cultura, aunque como cultural extranjera, desde el momento que la reconocen por medio de los valores urbanos dominantes. Incluso cuando se enfrentan a los valores dominantes los dominados no pueden hacerlo más que en nombre de los valores dominantes. La cita de Montesquieu, “me gustan los campesinos porque no son lo bastante sabios como para cometer errores”, tantas veces repetida por François Guillaume y que ha puesto de relieve en una obra autobiográfica (y hagiográfica) aparecida recientemente¹⁴, condensa en su inherente contradicción lógica, la lógica social que obliga a los dominantes de los grupos dominados –y a fortiori a sus portavoces- a buscar en la propia cultura dominante un aval para condenar a la cultura dominante, lo que no es sino una manera -y no de las menores- de reconocerla: se cita un autor “sabio” (y no las intenciones de cualquier campesino “no sabio”) para decir que los campesinos tienen razones para no ser sabios. Aunque esta cita está hecha por un representante del mundo agrícola suficientemente “sabio” como para conocer esta cita “sabia” y para reconocer a los autores “sabios” una cierta legitimidad cultural, y por tanto una fuerza de imposición, incluso en aquellos que no son “sabios”, incluso cuando esos autores “sabios” parecen desvalorizar de forma aparente el hecho de ser “sabio”. Sin embargo, esta cita está producida por un autor que no es lo suficientemente “sabio” para llegar a ver que sin referencia precisa (en realidad extraída del artículo *Paysan* del diccionario Robert) la cita traiciona el préstamo, ya que en realidad circunscribe a los campesinos en su dominación, al proponerles finalmente permanecer en su lugar (como las mujeres en *Las mujeres sabias* de Molière). Exergo pues paradójico, que funciona como los imposibles mandatos del tipo “le ordeno desobedecerme”, y que no hace más que expresar la posición ambigua y dominada del sindicalismo agrícola (y del mundo campesino), ya que cuando pretende visibilizarse ante los otros no logra construir su identidad social más que a través de la representación que él mismo se hace de las representaciones correspondientes que los grupos dominantes tienen de él.

Los agricultores –o más exactamente sus dirigentes sindicales- quisieron dar de sí una imagen parecida a una postal, a la vez retocada y sincera, presentándose como “campesinos para ciudadanos urbanos”, cuando no como campesinos “al servicio de los urbanitas”, tal como se ve en el panfleto de la FNSEA repartido a los parisinos: lejos de maltratar a sus animales o de contaminar el campo, los agricultores son ecologistas ejemplares que cumplen correctamente su “misión de guardianes de la naturaleza” y velan por la seguridad de los ciudadanos en el campo; como productores económicamente eficientes, producen más alimentos que cuestan menos y no quieren sino recibir a los ciudadanos “en una ambiente agradable y descansado”, así como construir, para ellos, “*caravanning* en las granjas, hospedajes rurales, albergues, habitaciones para huéspedes...”. Una imagen tan idílica del campesino modelo no podía más que estar desfasada para alguna de las fracciones de campesinos reales que desfilaban por las calles de París, escopeta en mano, disparando cohetes que ahuyentaban a las palomas, rompiendo algunos vidrios, quemando llantas en la calzada, enarbolando carteles irrespetuosos hacia los urbanitas o el poder político, etc. Hasta los propios campesinos estaban divididos en cuanto a la manera de actuar: el culto a la fuerza física y a los valores viriles los llevaba a admitir la legitimidad de acciones violentas, que se enmarcan en la tradición aceptada y hasta reivindicada, de las rebeliones campesinas contra la opresión, las que han sido recientemente simbolizadas en la adaptación televisiva de *Jacquou le croquant*. Ahora bien, la preocupación por aparecer frente al urbanita según las normas de la urbanidad (“No somos salvajes”) y la mayor atención prestada a la imagen que ofrecían de sí mismos les llevaba a condenar, al menos en privado, las acciones violentas y los saqueos, los cuales se percibían como actos excesivos y gratuitos.

“Todo esto está demasiado calmado. No sé si los parisinos van a entender lo que queremos”, dice un agricultor que sin embargo reconoce que la violencia debe descartarse, “porque sabemos muy bien que los parisinos no nos lo perdonarían” (*Le Matin*, 24 de marzo de 1982). Un periodista de *Le Monde* señala: “Reivindican más consideración, más justicia y denuncian ‘las limosnas’. Sin embargo, no sacaron horcas ni guadañas. La manifestación fue pacífica, a excepción de algunas ruedas quemadas en la calzada y algunos

¹⁴ F. Guillaume, *Le Pain de la liberté*, op. cit.

vidrios rotos en la Bolsa de Trabajo. La ira, porque sí que la había, fue reprimida, sólo un cartel recordaba ‘*Jacquou le croquant* no ha muerto’” (25 de marzo de 1982). De igual modo, un periodista del *Quotidien de Paris* recoge las palabras de un viticultor mayor: “Han visto, no hubo incidentes, ni un escaparate destrozado, ni un coche quemado: la fuerza tranquila”, aunque, comenta el periodista, “se puede leer en sus ojos azules que lo lamenta un poco” (24 de marzo de 1982).

Representaciones y periodistas

Las demostraciones de masas (que son acciones colectivas por agregación de acciones individuales con su propia lógica interna y sus motivaciones específicas), al igual que las votaciones políticas, son ocasiones privilegiadas para aquellos agentes que -de forma similar a los periodistas políticos, políticos, politólogos o representantes sindicales- están socialmente encargados de decir a los otros “lo que hay que pensar”. En efecto, se trata de acontecimientos que no tienen una significación simple y unívoca pues poseen demasiadas. El sentido que los organizadores de estas manifestaciones quieren imponer mediante su “demostración” se les escapa parcialmente: ellos tienen que contar siempre con la autonomía relativa del campo de la prensa, la cual fabrica pero también refracta “el acontecimiento”. El conjunto de los artículos que cada diario consagra al acontecimiento y a la impresión global que se desprende de él, en particular para un lector apresurado y no informado, es en parte el resultado de líneas políticas (en el sentido amplio) más o menos claras, elaboradas en el curso de las conferencias de redacción, donde se determinan lo que para cada periódico es preciso decir o no, lo que hay que mostrar o no, en definitiva, la estrategia a seguir al respecto de estas acciones dirigidas hacia la prensa. Estas estrategias varían según la posición de cada periódico en el campo periodístico y según la posición que ocupa respecto al poder político. Así, por ejemplo, *Le Monde*, que no ocultaba por aquel entonces sus simpatías ante la política seguida por el Ministerio de Agricultura, titulaba la manifestación de los agricultores, sabiendo que estaba dirigida contra la Ministra de Agricultura, Edith Cresson, con una declaración realizada de ésta a la prensa y por medio de la cual intentaba desviarla en su provecho: “La manifestación de París es legítima y es natural hacer presión sobre nuestros compañeros europeos, declara Mme Cresson” (25 de marzo de 1982).

Pero tales estrategias conscientes están siempre, más o menos, vinculadas al tipo de relación propiamente social que se establece entre el medio periodístico y el grupo social que se manifiesta, tal y como se aprecia bien en el caso de la manifestación de agricultores en París. Los artículos que la prensa de provincias consagró a ésta revelan la proximidad social y la complicidad objetiva que unen a estos diarios con las manifestaciones rurales –y en particular, a las de su región-, animando y apoyando su marcha sobre París: *Ouest-France* (24 de marzo de 1982) insiste, por ejemplo, en el aspecto “fraternal” de este encuentro de los campesinos con París, la “diversión distante de los parisinos”, “escindidos de sus raíces” y “asombrados por descubrir a esos hombres y mujeres que tienden fácilmente a olvidar”. La prensa parisina, por su parte, parece dividida en el tratamiento agradable o serio que conviene dar a esta manifestación. Sin embargo, la mayoría de periódicos parisinos están de acuerdo en presentar el desfile con un cierto humor, que no siempre demuestran en otras circunstancias, y que parece aquí delatar toda la distancia social que separa a los periodistas parisinos del mundo agrícola. En contraste con los organizadores que quieren explicar la subida a París de los agricultores por la “voluntad de reconquistar su dignidad” y por la preocupación de “explicar especialmente a la población parisina dónde se encuentra la agricultura francesa”, algunos periodistas responden por medio de caricaturas y titulares humorísticos: “Los tractores entraron en París” (*Le Matin*, 24 de marzo), “Los campesinos laboran París” (*Libération*, 24 de marzo), “La marea verde” (*Le Parisien Libéré*, 24 de marzo). Asimismo, si, dentro la prensa parisina, los periodistas especializados en el sector agrícola eran sin duda los mejor indicados para decir cuáles eran los desafíos reales, más allá de los eslóganes y consignas oficiales, sus artículos estaban sin embargo difuminados entre la masa de artículos que cada periódico consagraba a tal “acontecimiento”. Ahora bien, estos grandes titulares, croquis, “cosas vistas”, caricaturas, relatos de la manifestación, entrevistas de agricultores aparentemente tomadas al azar, etc., tienden a ejercer sobre el lector desprevenido un efecto de constitución del acontecimiento particularmente decisivo: hacen ver una cierta imagen de los manifestantes y por tanto, de los responsables que pretenden representarles, reactivando los estereotipos sobre un grupo o un medio social que el periódico tiende a compartir con sus lectores. Véase así, por ejemplo, *Le Matin*, que, cercano a los socialistas, no puede ver de manera favorable esta manifestación dirigida contra la Ministra de Agricultura y entrevista como agricultor “representativo” a un agricultor “particular” que votó a Chirac en las legislativas “como la mayor parte de los agricultores

entrevistados”. Por otro lado, publica el relato del viaje en autocar que uno de sus corresponsales hizo con unos agricultores. Bajo el título ya muy significativo de “el paseo del Lot-et-Garonne”, lo esencial de este relato de viaje se consagró a una descripción que recalca la “peor cara” de los campesinos, su aspecto poco “distinguido” para un urbanita, en definitiva, su aspecto “campechano” aunque “vulgar”, sin correr el riesgo de mostrarlos “simpáticos” a los lectores de *Le Matin*:

“Cada uno llevaba su morral hasta arriba de vituallas sólidas, para llenar el vientre (...). Hacía la una y media de la madrugada las conversaciones se detuvieron para dejar paso a los primeros ronquidos de los que estaba ausente toda inquietud. La primera palabra matinal hacia las cinco y media de la madrugada vino del fondo del autocar. ‘Tal vez habría que pensar en hacer una parada porque si seguimos ¡me va a explotar la vejiga!’ (...) Siendo el principio de los vasos comunicantes el más conocido en Lot-et-Garonne, el sitio vacío se rellena con copiosas rebanadas de jamón, soberbios rodajas de salchichón y unos no menos apetitosos tartines de paté de hígado de pato. ¡Señora! ¿No vamos a enfrentarnos a París? Y nos preparamos para el asalto de París, con la vejigas vacías y los estómagos llenos” (24 de marzo de 1982).

Ahora bien, cuando el acontecimiento adquiere una mayor dimensión política, el especialista agrícola –en el caso de que lo haya- tiende a ser desposeído del derecho a narrar o, en todo caso a narrar en exclusividad. El significado propiamente político de la manifestación beneficia a los redactores políticos o editorialistas del periódico que ofrecen su “punto de vista” o realizan los artículos de portada. Así, Jean Laborde, editorialista en el *Quotidien de Paris*, que nunca ha tenido nada que decir sobre los “problemas agrícolas” y que no conoce probablemente los trasfondos políticos de la manifestación, pero que no obstante, se encuentra requerido a decir algo, dejando traslucir de manera ingenua, casi en estado puro, el trabajo de imposición de una imagen del grupo que se manifiesta de forma pública, trabajo simbólico al cual se reduce, en la mayor parte de las ocasiones, lo esencial del trabajo de periodista. Bajo el título “Campesinos-Parisinos: lo que hubieran podido decirse”, el periodista se imagina el siguiente diálogo ficticio:

“He aquí a los campesinos llegados en masa a la capital para impedir que los parisinos puedan circular. ¿No podían hacerlo en sus encantadores pueblecitos? (...) Imaginamos fácilmente los pensamientos que han pasado por la mente de los conductores parados frente a sus volantes por esa gente que había dejado sus tractores. “Nunca están contentos, estos palurdos, se quejan de todo, del sol, de la lluvia, de Giscard, de Mitterrand, de Cresson, de Méhaignerie, de Inglaterra, de Italia, de los topos y demás... Y sin embargo no son ellos quienes pasan hambre. Comen dos o tres veces al día. Para ellos la sopa de torreznos es pan de cada día. Monopolizan el aire puro, la naturaleza, los placeres simples y gratuitos. ¿El estrés? Ni lo conocen. Además, echen un vistazo a sus cocinas. Tienen de todo: tele, lavadora, refrigerador, hasta cámara frigorífica donde guardan corderos enteros para los días malos”. (...) Por otro lado, igual de fácil se podía leer la mente de esos hombretones y sus hermosas compañeras que desfilaron ayer: “No pueden quejarse estos parisinos. ¡Todo el día paseando en sus autos, escuchando radio o cassettes, sin olvidar las bellezas que les acompañan! No se cansan mucho. Nosotros, es cierto, comemos bien. Pero ahí es donde termina la sociedad de consumo para nosotros. Los viajes, las hermosas excursiones al extranjero, las salidas, la ropa fina, la cultura, ¿para cuántos de los nuestros son una realidad?” (...). Así dialogaron ayer a lo largo del día, sin saberlo, los conductores encerrados en sus jaulas y los agricultores que vinieron a probar el aire contaminado de la capital. Al fin y al cabo, si esta marcha sirvió para algo es porque les permitió pensar a unos u otros que la felicidad total no se encuentra en París ni en las pintorescas aldeas, lo cual ya es un paso adelante hacia la comprensión mutua” (24 de marzo de 1982).

Un grupo “representativo”

Ahora bien, este trabajo de presentación de sí que está presente en todas las manifestaciones de segundo grado no tiene por fin exclusivo el seducir a “la opinión pública”. Al presentarse de forma adecuada, el grupo que se manifiesta pretende ser el representante de una categoría social. Lo más específico, sin duda, en la

manifestación de la FNSEA reside precisamente en el hecho de que se produce una demostración casi pura de representatividad. Basta con leer la prensa profesional¹⁵ para apreciar que las razones principales de este tipo de manifestación no son siempre las razones oficialmente invocadas. Decidida y organizada por la FNSEA en el trigésimo sexto congreso de febrero de 1982, esta manifestación tenía por objetivo, en principio, al menos para los dirigentes nacionales del sindicato, responder a las estrategias de diversificación sindical de la Ministra de Agricultura, Edith Cresson, las cuales fueron desarrolladas desde la llegada de los socialistas al poder en mayo de 1981. En los inicios de la V República, la posición de monopolio sindical de la FNSEA había llevado al poder gaullista, que no podía congeniar políticamente con ella, a buscar interlocutores entre los jóvenes dirigentes sindicales del CNJA, quienes representaban entonces una corriente bastante minoritaria¹⁶. La ascensión -en los años 60- a la cabeza de la FNSEA de estos jóvenes sindicalistas, al igual que la política de cogestión del gremio desarrollada por el Estado, había colocado progresivamente a la FNSEA en el centro de un dispositivo político, el cual le otorgaba un poder exclusivo de negociación para todo el gremio y en todos los ámbitos de producción agraria. Se comprende entonces que la diversificación sindical que se desarrolla en los años 70 (ya sea por escisión o por exclusión de la FNSEA) no podía ser reconocida oficialmente, en la medida que ello sólo podía conducir a poner en tela de juicio el poder exorbitante que tenía la FNSEA. Así, para eludir la oposición de este sindicato a sus proyectos de reformas, el poder socialista buscó diversificar los interlocutores representantes del mundo agrícola, reconociendo el pluralismo sindical y otorgando a otras instituciones una posición de representantes legítimos (Cámaras Agrícolas, Cooperativas Agrícola, etc.), algo que rompía el monopolio representativo de la FNSEA. En definitiva, la FNSEA protestaba contra estas amenazas, mediante una demostración espectacular de representatividad.

“Denegamos al señor Guillaume el derecho de valerse del título de presidente de TODOS los agricultores. ¿Es megalomanía o simplemente una extraña costumbre de arrogarse, de grado o por la fuerza, el derecho autoritario y absoluto de la representación de los agricultores, con el más profundo desdén por la libertad sindical?, escribe el editorialista de *L'Action agricole de France* (febrero-marzo de 1982), periódico sindical de la Federación Francesa de Agricultura (sindicato minoritario rival de la FNSEA, situado, simplificando, más “a la derecha”) e incluso va un poco más allá: “Evaluar la representatividad de cada uno no es tarea fácil. No cabe duda que para el señor Guillaume la solución adoptada por el anterior gobierno tenía el mérito de ser mucho más sencilla: nada de cálculo de representatividad, se escoge simplemente a uno y se dice que tiene el 100% de las adhesiones”. Los pequeños sindicatos que buscan un reconocimiento oficial de su representatividad, rivales de la FNSEA, ubican la manifestación en el terreno esencial de toda manifestación: estos sindicatos quieren ser los portavoces, al menos de una parte, de este grupo social y tratan de justificar su pretensión cuestionando, en primer lugar, el hecho de que la población agrícola sea homogénea y unida (reservándose así, en el interior de la categoría, una clientela particular), y en segundo lugar, organizando sus propias manifestaciones, procediendo a un alarde de la fuerza que ellos representan. En efecto, el análisis de la prensa sindical publicada poco antes y después de la manifestación muestra que el conflicto entre los sindicatos se refiere no tanto a la naturaleza precisa y coyuntural de las reivindicaciones –todos reclaman un aumento del 16% de los precios agrícolas en las negociaciones con Bruselas, todos señalan la bajada del ingreso agrícola y el crecimiento de los costes de producción- cuanto al monopolio de la representación del conjunto de los campesinos, que la FNSEA, y particularmente François Guillaume, se atribuye y quiere conservar. “Los agricultores franceses, en una manifestación sin precedentes, han dado muestras de la unidad y de la representatividad de su organización sindical”, comenta *L'Information agricole* (abril de 1982, p. 6), órgano de la FNSEA, y reafirma así, apoyándose en la “concentración impresionante, sin precedentes en la historia de la agricultura”, que es el único interlocutor para negociar en nombre de todos los agricultores, puesto que los demás sindicatos, según ella, representan más a partidos políticos que a campesinos. Los sindicatos minoritarios, a pesar de sus opciones divergentes, están de acuerdo al menos en denunciar el

¹⁵ Sobre la lista de periódicos profesionales consultados véase la nota 1.

¹⁶ Sobre este punto véase P. Muller, *Le technocrate et le paysan*, Paris, Éditions ouvrières, 1984.

“privilegio” exorbitante e injustificado del cual goza el sindicato de la FNSEA, la “megalomanía” o “el culto a la personalidad” de su presidente, la distorsión del descontento real y legítimo del mundo agrícola, reivindicando el éxito de las manifestaciones paralelas que se organizaron en las ciudades de Périgueux, Clermont-Ferrand, Nantes o Estrasburgo.

“¿Le parece razonable pretender representar a todos los agricultores?”, preguntaba un periodista parisino a François Guillaume (*Les Nouvelles Littéraires*, 25-31 de marzo de 1982). Esta pregunta, que sin duda puede plantearse a todos los dirigentes de las organizaciones llamadas “representativas”, tenía sin embargo una pertinencia particular debido a la dispersión geográfica y social del mundo agrícola. La auténtica exhibición de “todo el campesinado” a la cual procedió la FNSEA deja ver, tal vez con mayor claridad, el modo de acción simbólica que está presente en este tipo de manifestación. En efecto, la puesta en escena de la diversidad que alberga esta categoría tiende a transformar la manifestación en un desfile ordenado de delegaciones, presentando a cada agricultor tras su pancarta y erigiéndose como el representante de todos los agricultores de su región o de su departamento. La estructuración visible del desfile, en el cual los agricultores están, como apuntan los periodistas, notoriamente “ordenados por regiones, por departamentos y por cantones” (*Libération*, 24 de marzo de 1982), es el producto de un trabajo político específico que tiene por objetivo imponer la idea de que el grupo, concreto y visible, que se manifiesta representa mucho más que a sí mismo, es en cierto modo un modelo reducido, una muestra representativa, visible e indiscutible de toda una categoría social, esto es, que los responsables sindicales, lejos de representar solamente a sus militantes o al grupo manifestante, son también los portavoces (por una especie de golpe de fuerza simbólica que pasa desapercibida en tanto que ya se ve como algo natural) de un grupo invisible mucho más amplio que el grupo que allí desfila. ¿Acaso no se dice o no se lee en la prensa que “los” agricultores (o “los” cuadros profesionales, o “los” profesores, etc.) se manifiestan? “A pesar de la distancia con la capital de muchos de ellos”, puede leerse en un folleto editado en 1983 por la FNSEA para conmemorar el centenario del sindicalismo agrícola, “a pesar de los trabajos de siembra, cada región, cada departamento, cada comuna envió a París el 23 de marzo de 1982 a sus representantes. Tan sólo tres semanas después del llamamiento realizado por el presidente de la FNSEA, 120.000 campesinos respondieron ‘presente’ a la manifestación histórica de la unidad sindical”¹⁷. No podría expresarse de mejor manera la lógica de la doble delegación -que implica este tipo de desfile- y la función de imposición que cumple el bosque de carteles y de banderolas alzadas con ostentación por los manifestantes. Por otro lado, ¿acaso no son muchos de ellos militantes sindicalistas y no son, por lo tanto, representantes legítimos de las bases, estén o no sindicalizadas?

En el comunicado entregado a los medios de comunicación la víspera de la manifestación, la FNSEA precisaba que 1.000 campesinos por departamento, incluyendo los departamentos de ultramar, llegarían a París (es decir, 2.000 de Norte, de la Somme y de la cuenca parisina) como para indicar de antemano a la prensa la gran diversidad geográfica del campesinado que representa: “Una marea de campesinos provenientes de todos los departamentos ha invadido París”, comentará al día siguiente un diario. La mayoría de los periódicos no podrán dejar de evocar una diversidad, muy bien puesta en escena por la propia organización de la manifestación, y resaltarán este aspecto retomando a menudo algunos estereotipos regionales a veces no exentos de acusaciones folklóricas: “Con boina o con gorra, el rostro marcado, caminando en el frío. Desde los productores de cereales de la cuenca parisina hasta los ganaderos de Saboya pasando por los viticultores del Sur, todas las categorías de campesinos de Francia estaban presentes” (*La Croix*, 24 de marzo de 1982). “Habían llegado de las cuatro esquinas de Francia: los del Gers con sus gorras verdes y amarillas de la FNSEA; los viticultores de Borgoña para decir no a la creación de la Oficina de vinos; los campesinos de Auvernia con sus blusas y sus sombreros negros; los remolacheros de la región parisina y del Norte; los productores de maíz de Landas; los sindicatos de hortelanos y de productores de verduras” (*Le Monde*, 25 de marzo de 1982). “‘Estamos aquí para defender nuestro bifeec’, dice un habitante de las Ardenas (...). Los agricultores del Lot-et-Garonne escriben: ‘+16%’. Habitantes de la Reunión

¹⁷ 100 ans de syndicalisme agricole, Paris, Agriculture information (encargado por la FNSEA), 1983, P. 115.

y de Martinica reclaman ‘un precio justo para nuestros productos, caña, geranio, vetiver’ (...). Un bretón que trajo su acordeón toca la canción conocida, ‘ils ont des chapeaux ronds...’, y los jóvenes de Haute-Savoie hacen sonar los cencerros de las vacas (...). Campesinos de Aube visten la tradicional camisa azul oscuro (...). Sin olvidar los 35 tractores de la región parisina” (*Le Figaro*, 24 de marzo de 1982); etc.

Las luchas por las cifras concernientes al número de manifestantes que se establece entre el poder, los organizadores, los sindicatos competentes y la prensa que pretende dar cuenta del acontecimiento, no son jamás exclusivamente técnicas. Las cifras avanzadas por los organizadores son percibidas muy a menudo como, dentro de sus propias exageraciones, símbolos de la representación numérica que han logrado movilizar en relación al grupo en su conjunto. Así cuando la FNSEA fija, en su Congreso de Touquet en febrero 1982, como objetivo los 100.000 manifestantes y cuando reivindica, al anochecer del 23 de marzo, 120.000, ella persigue la imposición de un número mágico que está destinado a impactar por sus virtudes demostrativas: 120.000 manifestantes, como dirá François Guillaume a Pantin, “una demostración sin precedentes que implica casi un agricultor de cada diez” (*Libération*, 24 de marzo de 1982).

La producción del acontecimiento: una manifestación sobre el papel

La manifestación, en su forma actual, es una acción que sólo puede producir los efectos para los cuales ha sido organizada si es capaz de suscitar amplias recensiones en la prensa escrita, hablada o televisada, lo que significa que esto último constituye un punto de paso obligado para ser percibido por el campo político. Casi se puede decir, forzando un poco la expresión, que el lugar estratégico en el que se desarrollan las manifestaciones –ya sean violentas y espontáneas o pacíficas y organizadas-, no es la calle, simple espacio aparente, sino la prensa, en sentido amplio. Los manifestantes desfilan para la prensa y la televisión. Los periodistas, presentes a lo largo de los desfiles o instalados en las salas de prensa, especialmente acondicionadas para ellos, creen informar sobre la manifestación sin darse cuenta de que participan al mismo tiempo en su realización, en el sentido casi cinematográfico de la palabra¹⁸. Las consignas de “calma” y de “dignidad” que los organizadores no dejan de dar a los manifestantes forman parte del propio trabajo de presentación, el cual se ha desarrollado considerablemente desde que los manifestantes “salen en la televisión”. Estas consignas están dirigidas tanto a los manifestantes como a la prensa, a fin de que ésta les ofrezca amplia cobertura. Las informaciones sobre una manifestación en curso, proporcionadas a veces hora tras hora en los avances informativos de la radio, pueden suscitar reacciones por parte de los radioyentes y decidir participaciones tardías¹⁹. Los artículos que, en la prensa, anteceden al “acontecimiento” desempeñan también un papel que los dirigentes sindicales conocen muy bien, ya que brindan por adelantado a las agencias de prensa todas las “informaciones útiles” sobre el desarrollo previsto del acontecimiento: al referir generalmente las palabras de los organizadores, los periodistas tienden de forma natural a presentar como probable lo que todavía no ha ocurrido y a constituir el acontecimiento antes de que se dé, ayudando así a su advenimiento.

“100.000 agricultores y 50 tractores hoy en París”, titula el *Parisien Libéré* antes de la manifestación; en el artículo en páginas interiores, precisa que esa “manifestación monumental debe mostrar a los parisinos y a los franceses que el mundo agrícola está determinado a proteger sus ingresos y su futuro” y que “según François Guillaume, será ‘una cita sin precedentes’” (23 de marzo de 1982). “100.000 personas se

¹⁸ Un periodista agrícola comentó acerca de la manifestación del 23 de marzo que nunca había visto a tantos periodistas y fotógrafos en una manifestación agrícola, añadiendo, a modo de broma, que casi había más periodistas que agricultores.

¹⁹ Se sabe que en mayo del 1968 los vínculos entre los manifestantes y las radios eran tan estrechos que el poder político tuvo que prohibir que los reporteros usaran sus radioteléfonos.

manifestarán hoy en las calles de París”, titula *Le Figaro*, dejando que sea François Guillaume quién explique el significado de esa manifestación (23 de marzo). Aunque más prudentes y usando mucho más las comillas, *Le Monde* (20 de marzo) y *Libération* (23 de marzo) participan en el mismo movimiento de difusión: “la apuesta de la FNSEA: 100.000 campesinos en París el 23 de marzo” titula *Le Monde*, mientras que *Libération* anuncia “Agricultores: François Guillaume quiere a 100.000 manifestantes en París”.

Y lo mismo ocurre, tal vez de forma más visible, en los artículos de prensa que anuncian las jornadas nacionales de huelga y que, por su ambigüedad, contribuyen en parte a su éxito: “El sector público en huelga”, titulaba *L’Humanité* el 8 de marzo de 1984 para anunciar la huelga de los funcionarios; “Funcionarios: llegó la hora de protestar” (*Libération*); “La rebelión de los funcionarios” (*Le Figaro*); “Esto no funciona más” (*Le Quotidien de Paris*); etc.

Espacio limitado y particularmente visible, la portada de los periódicos parisinos (o los informativos televisivos) constituye un lugar estratégico que los grupos sociales y sus representantes se disputan para influir en el campo político. Al volver público, y a la vez importante, aquello que mencionan por el mero hecho de mencionarlo en primera página, las portadas tienden a desencadenar un proceso de tomas de posición que transforma un problema local en “problema nacional”, un problema considerado políticamente como secundario en problema “urgente y prioritario”, etc. Los movimientos de opinión, más o menos reales y duraderos, que no dejan de acarrear esos temas de conversación obligatorios, suscitados por la prensa diaria, están en el origen de esa fuerza agregada que representa hoy en día el apoyo de la “opinión pública”. No puede entenderse la multiplicación, estos últimos años, de las manifestaciones organizadas “en París” por las categorías sociales de provincias (mineros, obreros de la siderurgia, y obviamente agricultores) sin ver que se trata, al menos en parte, de estrategias que buscan copar la portada de esa particular prensa local – que es la prensa parisina- para provocar así un movimiento de opinión²⁰. Asimismo, tampoco se pueden comprender las dificultades que surgen generalmente para poner fin a las acciones espontáneas que, como por ejemplo, la reciente huelga de camioneros (en febrero de 1984) lograron de forma inesperada atraer la atención de los medios de comunicación y suscitar tomas de posición en el campo político, sin ver esa especie de causalidad circular, provocada por la prensa, que hace perdurar el movimiento: es decir, cuanto más “habla del mismo” la prensa y produce un trabajo de movilización a favor del movimiento (de una fuerza inesperada que además el movimiento puede lamentar no volver encontrar en mucho tiempo), mucho más éste se siente fortalecido frente al poder político, y tiende a incrementar sus exigencias y a pretender negociarlo todo; cuanto más se endurece el movimiento y da lugar a incidentes, más lo menciona la prensa, etc. Por tanto, hay que saber hasta dónde llegar para no dilapidar este plus de fuerza específica dada por la prensa.

Para ejercer una eficacia política real es necesario que el “acontecimiento” sea portada de la mayor parte de los periódicos parisinos. Si todos los periodistas conocen, en virtud de su profesión, las luchas por la jerarquización de la información a las que da lugar la fabricación cotidiana de las portadas y de los periódicos²¹, no ocurre lo mismo con el simple lector. La homología que tiende a establecerse entre la estructuración de los acontecimientos –que cada periódico ofrece- y las expectativas de los diferentes lectores radica en el principio de evidencia y de aproblematicidad que experimenta cada lector respecto de los acontecimientos presentados y jerarquizados por su periódico: es decir, todos ven los acontecimientos pero no el trabajo específico que el campo periodístico realiza para producirlos. De forma similar a unas gafas, los periódicos constituyen lo no visto a partir de lo cual el mundo es visto. Aunque, los mismos periodistas no siempre escapan de esa especie de ilusión de realidad que, no obstante, ellos producen cuando, por encima

²⁰ Sin bien generalmente basta con desfilar frente a los periodistas parisinos para captar su atención, se puede lograr el mismo resultado sin ir a París, bloqueando las carreteras para molestar a la población parisina que sale de vacaciones.

²¹ Véase por ejemplo P. Simonnot, *“Le Monde” et le pouvoir*, Paris, Les Presses d'aujourd'hui, 1977, pp. 101-124 en particular.

de las divisiones aparentes que les oponen (información-opinión, izquierda-derecha, etc.), están de acuerdo sobre los hechos que constituyen los acontecimientos que merecen ir en primera página. Incluso se podría decir que el sentimiento de objetividad de un acontecimiento, es decir, el hecho de que parezca existir por sí mismo y no sea una “invención” del periodista, tiende a incrementarse en el interior del mismo campo periodístico a medida que se incrementa el número de periódicos que hacen de él un “acontecimiento”. Si los organizadores de las manifestaciones cuentan, como en otras concentraciones, con que los periódicos hablen de ellos y les reservan un espacio generoso en sus columnas, es porque, aunque resulte paradójico, cuantos más periodistas concuerden en la definición social del acontecimiento más parecerá este último existir de forma independiente a los periodistas: ser portada solamente en *L'Humanité* o en *Le Figaro* es dar lugar a la sospecha sobre las eventuales relaciones de complicidad o complacencia. De forma similar, obtener un titular en portada en *France-Soir* o *Parisien Libéré* no haría más que revelar el posible “sensacionalismo” que estos periódicos parecen poner en práctica, como técnica de venta orientada hacia cierto público. Ahora bien, el hecho de ser portada del conjunto de la prensa parisina (p.ej. la manifestación agrícola, las barricadas de camioneros, la concentración por la escuela privada o una huelga general de los funcionarios) es demostrar que el acontecimiento existe por sí mismo y no está fabricado totalmente por los periodistas.

“Existen numerosas manifestaciones centradas en los problemas hipotecarios”, comentaba un periodista agrícola en una entrevista. “Un centenar de personas tratan por ejemplo de impedir una subasta. La gente se moviliza muy rápidamente para este tipo de manifestaciones. Estas numerosas manifestaciones son invisibles ya que sólo la prensa local las menciona”. Para salir del silencio de los medios de comunicación, por lo general letal políticamente, y para entrar en esa especie de “círculo mágico” que sitúa a un acontecimiento “bajo los focos de la actualidad”, hay que ser capaz de producir algo que se parezca a lo que el campo periodístico de forma común perciba como “acontecimiento digno de portada”. Entre los “acontecimientos” que tienden a captar la atención de la mayoría de los periodistas se encuentran todos los hechos que rompen con lo ordinario, lo habitual, lo cotidiano, lo reiterativo, en resumen la trivialidad (para un periodista). “Un tren que llega a la hora no es un acontecimiento”. Basta con tomar al pie de la letra este tópico de las escuelas de periodismo, para producir algo que, dadas las categorías de percepción de los periodistas, sea reconocido como un “acontecimiento”. Pues no basta sin embargo con ser “visto”; también se precisa ser “bien visto” para poder obtener todos los beneficios. “Sobre todo no rompan nada. François Guillaume ha dicho: ‘Una sola acción lamentable puede hacer perder todo el beneficio de este día de huelga’ (*Agrisept*, 26 de marzo de 1982). Esta consigna, reiterada a más no poder por todos los militantes a los participantes, muestra que lo que se presenta a los periodistas es generalmente algo “listo para ser percibido” por la prensa. Ahí donde los periodistas creen ver algo “nunca visto” sólo ven en realidad estrategias exitosas de grupos sociales capaces de imaginar y de realizar, en su honor, esos auténticos engaños que son las acciones o las manifestaciones “nunca vistas”.

“Algo nunca visto por los parisinos. Como tampoco por los agricultores”. “Una concentración fenomenal”. “Una demostración sin precedentes”. “La manifestación del siglo”. “Un despliegue de fuerzas impresionante”. “Una verdadera marea humana”. “Fenómeno histórico sin precedentes”. “Es la primera vez que una manifestación de tal amplitud se produce”. Estos titulares estereotipados, que aparecen en la mayoría de las manifestaciones del mismo tipo, no hacen sino consagrar estrategias que tienden a producirlos. Todo estaba dispuesto para que la prensa viera la manifestación de los agricultores como algo insólito, inusual, excepcional: en efecto, la elección de París y la importancia numérica de la concentración eran algo “nunca visto”, ya que la última manifestación de envergadura nacional que produjo una concentración de agricultores parecida en París había sido llevada a cabo treinta años antes (el 17 de junio de 1953), y sólo había reunido, según los responsables sindicales, a 25.000 personas en el “*Vél d’Hiv*”, en un mitin de protesta contra la caída de los precios de la leche, la carne y el vino.

Aunque sería ingenuo creer que la prensa produce por sí sola los “acontecimientos”, de manera totalmente arbitraria y manipuladora. En realidad se trata de una producción colectiva, en la cual los periodistas son únicamente, de forma simultánea, los agentes más visibles y los más ocultos. Al margen de cómo se

posicionen –positiva o negativamente-, hay “acontecimientos” que los periodistas no pueden dejar de cubrir sino quieren arriesgar su capital de credibilidad. Y a la inversa, tampoco pueden hacer que cualquier cosa se vuelva un “acontecimiento” so pena de perder su propio poder de constitución. Por tanto, es sólo en la relación entre el campo de la prensa y los diferentes campos sociales donde se generan los “acontecimientos”. Todo sucede como si el acontecimiento periodístico fuese una forma reconvertida, dentro de la lógica relativamente autónoma del campo periodístico y del capital económico, institucional, cultural o simbólico del cual disponen los grupos sociales: generar un acontecimiento es, en el sentido más amplio de la expresión, llegar a “lograr una actuación [performance]” ante los periodistas, ya sea política (grandes concentraciones), física (largas marchas, huelgas de hambre, por ejemplo), “estética”, etc. Sólo cuando esta actuación se reduce a un mero “happening”, a una simple hazaña destinada a captar la atención de los periodistas, es cuando se vislumbra con mayor claridad esta relación objetiva de complicidad. Ahora bien, aunque cualquiera pueda realizar una acción no está al alcance de todos producir una acción atractiva para la prensa. Esto último sólo se produce a condición de saber manipular las relaciones con la prensa o producir aquellas que sean “bien vistas” por ésta. A la inversa del medio agrícola, cuyas acciones espectaculares tienden a volverse en contra suya (sin duda, porque se tratan de formas apenas eufemizadas de violencia - secuestro de personalidades²²- o de saqueos -soltar pollos en los trenes o tirar huevos sobre la calzada), las acciones emprendidas por los estudiantes de medicina para obtener del poder político una reforma de los estudios y de las carreras hospitalarias constituyen al respecto todo un modelo en su género: iniciada en febrero de 1983 en París, la huelga de los estudiantes de medicina logró (con la ayuda, es cierto, de una agencia de relaciones públicas) captar la atención cómplice de los medios de comunicación durante varias semanas, organizando verdaderos “happenings urbanos” preparados de forma cuidadosa, que suponían la movilización de un capital cultural particularmente grande, al cual se añadía un “capital de simpatía” del cual gozaron los estudiantes en el ámbito periodístico.

Como lo menciona *Libération* -28 de abril de 1983- (diario particularmente idóneo, por las características sociales de sus periodistas, para descifrar estas manifestaciones), el movimiento de los estudiantes de medicina en huelga, “es ante todo producto de una notable división del trabajo. El núcleo duro de los más movilizados se organizó por ‘funciones’: los ‘negociadores’ versus los ‘políticos’, cuyo universo permanente es la asamblea general de CHU [Centre Hospitalier Universitaire], los ‘activistas’ del ‘Comité de acción’ y los del ‘Comité de prensa’”. La puesta en escena de espectáculos urbanos, que suponen “sutileza”, “gracia”, “elegancia”, “imaginación”, en resumen, un sentido de la publicidad que no está al alcance de cualquier grupo social –obstrucción de parquímetros, bloqueos de autopistas, toma de la torre Eiffel y del Arco del Triunfo, incursión en directo en el hipódromo de Longchamp, etc.- fueron algunas de las acciones imaginadas y organizadas por los “comités de acción”, destacadas por el “comité de prensa” y destinadas al servicio de los “negociadores” del movimiento. La división del trabajo entre los comités del movimiento de huelga se acompaña de una diferenciación social: a los negociadores “serios” se oponen los miembros de los comités de acción, cuya marginalidad y acciones son capaces de seducir a toda una fracción, igualmente marginal, del periodismo: “con vaqueros, cabello largo y pendientes dorados, tienen un perfil muy diferente al de sus colegas” (...) Henri no se deja engañar por esta especialización del trabajo. Pues el objetivo es común. “Claro que en medicina hay aún muchos niñitos que no ven más allá de su partido de tenis o de su fin de semana. Nos dejan actuar porque sienten que somos eficientes. Y nos respetan ahora un poco más que antes, aunque generalmente sea por interés”. La primera preocupación que guiaba la elección de las acciones era “tener un impacto máximo sobre los medios de comunicación”, indica uno de los miembros del “Comité de acción”, el cual también quedó asombrado al ver la cantidad de artículos y fotos que habían logrado en la prensa. La producción de estas acciones se parecía en muchos aspectos al trabajo de publicistas que quieren lanzar una campaña para vender un producto: además de ser “espectaculares, rápidas, no violentas e identificables a la vez que suscita la simpatía del público”, estas acciones debían corresponder en su contenido a la imagen que

²² Sobre este punto, véase por ejemplo, A. Guillemin, “Doucement, c’est tout de même une femme. Remarques sur la violence dans les manifestations paysannes”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 52-53, 1984.

la opinión se hace de los estudiantes de medicina: las mini-barricadas y el desempedrar las calles fueron acciones criticadas por los políticos por no ser conformes a la tradición de los estudiantes de medicina.

Basta con comparar estas acciones de lucha producidas para la prensa y orientadas a impresionar a la “opinión pública” (al tiempo que presentan una buena imagen de sí) con las acciones de lucha espontáneas y violentas frecuentes en el medio agrícola, para así percibir que existen condiciones sociales de producción del acontecimiento “bien visto” para los periodistas. Una acción simbólica que dispone de un fuerte capital cultural tendería a ser una acción globalmente “bien vista” (en los dos sentidos) para una parte importante del campo periodístico, al igual que dispondría de mayores oportunidades para suscitar enseguida la simpatía y la comprensión de un sector considerablemente amplio del campo periodístico y, por ello, desencadenar casi de forma automática una campaña de prensa favorable. Por el contrario, las acciones brutales a través de las cuales se expresa la exasperación de los grupos dominados, que no disponen más que de su fuerza física para expresarse, resultarán de inmediato “mal vistas” por la prensa, lo que se convierte en un obstáculo suplementario para ellos.

Los desfiles de masas parecen que se sitúan en las antípodas de las acciones de protesta espectaculares, las cuales pueden ser percibidas siempre como “artimañas” por y para la prensa. Los agentes del campo periodístico no pueden dejar de hablar de esas concentraciones impresionantes que parecen excluir toda manipulación, cuando esas concentraciones de masas también pertenecen, aunque de manera menos visible y por tanto más eficiente, al tipo de acciones producidas para la prensa, es decir, acciones que no existirían, al menos de esa forma, si no hubiera periodistas para hablar de las mismas. “Ya habíamos ganado medio camino –apuntaba por ejemplo François Guillaume sobre de la manifestación del 23 de marzo- la reticencia que nos oponían los nuevos señores y dueños de la televisión no podía anteponerse al profesionalismo de los periodistas de campo, impresionados por nuestra demostración (...). La mayoría de los reportajes al día siguiente resaltaban el perfecto acuerdo entre los participantes y sus dirigentes”²³. Aunque, la manifestación de masas es más efectiva en sus efectos de imposición, supone también de forma general la movilización de un capital institucional y económico más grande. Esta estrategia sólo puede ser llevada a cabo por instituciones establecidas que, como la iglesia o los sindicatos, disponen de un capital acumulado a lo largo de la historia y tienen a su servicio a un gran número de profesionales que trabajan para la institución (los “militantes” y los “simpatizantes”), los cuales representan una fuerza de movilización considerable, además de todo un número importante de simples afiliados que pueden, según las circunstancias, verse incitados a manifestarse públicamente. El poder material y la fuerza movilizadora de un sindicato que, como la FNSEA, está vinculado desde hace unos treinta años con la cogestión del gremio, han hecho posible una movilización muy amplia, cuyo éxito ha contribuido a acrecentar o, por lo menos a reforzar, lo que podríamos llamar el capital de credibilidad de los portavoces del grupo y que, al mismo tiempo (siguiendo la lógica de que el capital va hacia el capital), tiende a reforzar el capital económico e institucional del sindicato.

Se tomaron todas las facilidades para llevar hasta París al mayor número posible de simples afiliados del sindicato: 1.500 autobuses, según la FNSEA, fueron movilizados para la ocasión. “Desde el departamento de la ciruela –escribe el corresponsal de *Le Matin* de Lot-et-Garonne- se iban a presentar 200 participantes en la manifestación de la FNSEA, por lo que tres autobuses fueron contratados por el precio de 20.000 francos. ‘Porque hay que hacer todo lo que sea necesario hacer’, declara Roger, no se puede querer hacer una marcha de gran amplitud y a la vez escatimar en los gastos de transporte” (*Le Matin*, 24 de marzo de 1982). Incluso, algunas informaciones darán a conocer el pago de los gastos del transporte por las cajas locales del Crédit Agricole [Banco francés]. Todos los argumentos y todas las presiones fueron usados para convencer a los agricultores menos militantes a viajar. La corresponsal del semanario agrícola *Agrisept* en la región del Cher relata el trabajo de movilización realizado por el sindicato: “El Cher arrastrará a 600 agricultores, es decir, 13 autobuses para 28 cantones agrícolas”. (El presidente de la FNSEA) esperaba a unos 1.000, aunque

²³ F. Guillaume, *op. cit.*, p. 14

reconoce que ‘el Cher generalmente se moviliza poco. La gente aquí es moderada’. Desde principios de marzo comenzó su campaña con una reunión del consejo de administración de la Federación, luego con una carta a los presidentes cantonales, que éstos transmitieron a los 210 presidentes comunales. Cada cantón organizaba el viaje. Nada de centralización” (*Agrisept*, 26 de marzo de 1982).

Ministerio de Agricultura

Subdirección de Información

Prensa

Revista de prensa

Miércoles, 24 de marzo de 1982.

La manifestación de los agricultores en París, la especulación contra el franco, el golpe de Estado en Guatemala y las dificultades de gobierno israelí copan los titulares de la prensa matutina.

Más de 100.000 campesinos, según la FNSEA, 58.000 según la Prefectura de Policía han desfilado pacíficamente en una marcha de 7 kilómetros entre Nation y la Porte de Pantin. LE QUOTIDIEN presenta la manifestación de ayer como una “inmensa *jacquerie* pacífica” en la que los agricultores dialogaron con los parisinos a lo largo de toda la jornada. También se produjeron manifestaciones provinciales: unos 10.000 agricultores se manifestaron por las calles de Péri-gueux, indica LE FIGARO-AUORE. Asimismo, los miembros disidentes (Comité de Guéret) de la FNSEA se manifestaron ayer en Clérmont-Ferrand, señala LIBÉRATION.

Los comentarios son numerosos esta mañana: “las organizaciones agrícolas han ganado su apuesta al demostrar su capacidad de movilización”, titula LE NOUVEAU JOURNAL. En el mismo sentido parece expresarse LE FIGARO-AUORE cuando estima que se trata de un “éxito incontestable para el mundo agrícola pero también una victoria personal de François Guillaume”. Si LIBÉRATION reconoce que se trata de “la manifestación agrícola más grande desde hace 20 años y la más grande también contra la izquierda desde 1968”, L’HUMANITÉ llevaba a cabo la denuncia: “Campesinos descontentos: la derecha se esfuerza en pervertir el movimiento”.

LE PARISIEN, LE QUOTIDIEN y LE MATIN recuerdan los motivos de la inquietud de los campesinos, los cuales se centran alrededor de tres temas: la bajada de los ingresos, el porvenir de la política agrícola común y el problema vitícola. Temas que fueron desarrollados ayer durante el mitin de la Porte de Pantin por Michel Fau (CNJA) y François Guillaume. Este último declaraba: “Esta manifestación y este mitin son una respuesta magistral y unitaria a todos los que cuestionan la representatividad de la FNSEA”, relata LE FIGARO-AUORE. También ha condenado, según indica LE QUOTIDIEN, el proyecto de oficios del gobierno, que a su juicio no propone sino la “estatalización de los mercados”. En materia europea, el presidente de la FNSEA reafirmó que los agricultores esperan un alza de los precios agrícolas del 16% para la próxima campaña. A lo cual añade que si los británicos “se obstinan en su chantaje” habrá que obtener un acuerdo sin ellos.

“La manifestación de los agricultores franceses el martes en París, estima Mme Cresson, está encaminada a presionar a los socios de Francia en la Comunidad europea”. A lo cual añade, “no veo porqué los agricultores no pueden manifestar su descontento”, al precisar que “no se podía aceptar la caída de sus ingresos por ocho años”.

En una entrevista a LIBÉRATION, Michel Fau (CNJA) indica “nosotros simplemente recordamos al gobierno sus promesas”. Y entrevistado por LE MATIN, J. Chirac critica la política agrícola del gobierno.

Por último, LIBÉRATION concede la palabra a “un rico campesino de izquierdas”. También es la ocasión para el economista Michel Roux de ofrecer su punto de vista en la CROIX sobre los 300 días de política agrícola socialista.

... / ...

El “tribunal de la opinión”

El campo periodístico no actúa solamente a través de la relación que se establece entre cada periódico y sus lectores. La lectura sistemática de toda la prensa, en particular, de las revistas o dossiers de prensa, es un modo de lectura específico practicado por los periodistas (por interés profesional), pero también por el personal político y, de una manera más amplia, por todos los “responsables” (por interés político), algo que ejerce una acción determinada sobre ellos. Son pocos los casos donde se deja ver de forma tan clara la acción cuasi-estructural que un campo puede ejercer en tanto que sujeto colectivo: en efecto, las revistas de prensa también son formas objetivadas del campo periodístico y actúan como tales sobre aquellos que las producen y las leen. La revista de prensa diaria impone al campo político una lista jerarquizada de los acontecimientos que éste tiende a reconocer, en la medida que el propio campo ha contribuido, por su parte, a producirla; ella misma hace emerger materialmente, frente a los políticos, un verdadero tribunal de comentaristas políticos que, puesto que se suponen que representan a todos los sectores de la opinión pública, tienden a ser tratados por el campo político como un resumen o un sustituto de la opinión pública “real”. Los sondeos de opinión, ordenados de forma regular por la prensa, y tras los cuales parece ampararse, podrían tener por función esencial producir la creencia en la existencia de la opinión pública, compañera obligada de la clase política y del campo periodístico, público ante el cual y en nombre del cual se desempeña el juego político.

“La FNSEA había previsto: nada de eslóganes que nos desacreditasen ante los ojos de la opinión pública y de la prensa”, informa un periodista de *Agrisept* (26 de marzo de 1982). Verdadera instancia autónoma que parece asistir a las luchas políticas, la “opinión pública” es tomada como testigo e incluso como parte: todos desean o quieren hacerla suya para hacer ceder al adversario. “La opinión pública juzgará” declaran los políticos y los responsables sindicales, haciéndose así eco involuntariamente de Robespierre, el cual había tomado “el compromiso formal de no llevar nunca (sus) reclamaciones a otro tribunal que no fuese el de la opinión pública”²⁴. En realidad, la opinión pública tiende a confundirse con la opinión que los periodistas se hacen de la opinión pública, cuando no es, simplemente, más que su propia opinión, amparándose tras la ambigüedad de las fórmulas en las que “la opinión pública” o “los Franceses” no son más que sujetos aparentes.

Cuando un periodista escribe por ejemplo que “la opinión pública no aceptará una prolongación del conflicto de transportes”, ¿acaso no ofrece su propia opinión transfigurada (“no acepto que...”), su opinión sobre lo que espera de la evolución de la opinión de los otros (“espero que la mayoría de los franceses no acepten...”) o incluso la constatación informada y puramente objetiva de una evolución previsible? No acabaríamos de señalar los lapsus en los que se pone de manifiesto este proceso de reducción de la Opinión pública a la opinión de los periodistas. Tal es el caso, por ejemplo, escogido al azar, de aquel periodista radiofónico que, al presentar una revista de prensa a propósito del conflicto de los transportes en febrero de 1984, evocaba “el nerviosismo de la prensa y, por tanto, de los franceses”.

Las manifestaciones producidas por y para la prensa son, en última instancia, acciones orientadas a actuar sobre la opinión que los periodistas se hacen de la opinión pública, en la medida que ésta ejerce una eficacia determinada en el interior del campo político. Sin embargo, el “poder” de la prensa sólo actúa dentro de ciertos límites, siendo los periodistas los primeros en saber que son manipuladores manipulados. Ya que el campo periodístico funciona, hoy en día, en el interior del campo político los grupos sociales deben contar con la prensa. Los periodistas tienden a ser los árbitros aparentes de juegos a menudo trucados, en la medida que, siendo por lo general observadores forzosos (y que reivindican en algunas ocasiones cierta

²⁴ J. Massin, *Robespierre*, Paris, Club français du livre, 1956, p. 103.

incompetencia²⁵), no ven y no hacen ver más que lo que el propio campo político les deja ver. El campo de la prensa tiende a ser hoy en día un sub-campo dentro del campo político, tal y como testimonian, entre otros indicios, por un lado, esa especie de hipersensibilidad del personal político ante todo lo que aparece escrito en la prensa o sale por televisión, o por otro lado, el éxito y la multiplicación de las emisiones políticas en la radio y la televisión, en donde los políticos (dejando al margen, las asambleas parlamentarias y los patios de escuela) vienen a explicarse ante un tribunal de periodistas que les plantean preguntas que, piensan ellos, “toda la opinión se plantea” y que, lejos de contribuir a la “democratización” de la política, participan en realidad del cierre del propio juego dentro del campo periodístico. Las entrevistas de personalidades políticas, las conferencias de prensa de portavoces políticos (cuidadosamente transcritas y comentadas por los medios de comunicación), las declaraciones oficiales del poder que dan lugar a las exégesis periodísticas, los viajes presidenciales cubiertos ampliamente por multitud de reporteros, etc., son todas manifestaciones del grado cero del periodismo, entendido como actividad autónoma que tiene sus propias determinaciones, las cuales no hacen sino manifestar la dependencia del campo periodístico respecto al campo político que le impone sus jerarquías, sus problemas e incluso sus sanciones²⁶.

La evolución a este respecto de un periódico como *Libération* constituye un buen índice, válido a fortiori, de este proceso de integración del campo periodístico en el campo político: verdadero desafío, en principio, contra la dependencia de la prensa con respecto a una representación dominante de la política, *Libération* había nacido de la intención de romper con la información controlada por los aparatos oficiales (especialmente sindicales y políticos); alcanzó un lugar original aunque bastante marginal al privilegiar, en detrimento de las declaraciones oficiales, los reportajes de campo o tratar de modo político (especialmente en su sección “Justicia”) temas, o descartados por la prensa de gran tirada o bien confinados a la sección desprestigiada -política y socialmente- de los “Sucesos”. La profesionalización del periódico que siguió a la fase más militante, el crecimiento de la tirada que propiciaba la entrada como competidor real en el campo de la prensa parisina, el envejecimiento del equipo original, una menor atracción por el trabajo de campo, junto con el acomodo en las nuevas oficinas del diario (tras los teléfonos), en resumen, todo un conjunto de estrategias periodísticas (las cuales tendieron a convertir a *Libération* en un periódico “serio” a su manera) y que no pueden entenderse de forma completa si no se ve que han ido a la par de un proceso de integración rápida en el campo político establecido. La conquista de la respetabilidad política (sin ser sinónimo de respetabilidad burguesa), cuya muestra es, entre otras cosas, la posición que ocupa el director del periódico dentro del campo periodístico (crónica política semanal en la radio, participación en debates televisivos, etc.), se pagó simultáneamente con el reconocimiento de las jerarquías del campo político, de lo que se podrían encontrar indicios fácilmente en todos los niveles: cambio de contratación de los redactores (principalmente en las secciones “Economía” y “Sociedad”, dominantes en este diario) formados en su mayoría en ciencias políticas, entrevistas a personalidades políticas respetables (un primer Ministro, la Presidenta de la Asamblea Europea, el Arzobispo de París, quienes le dan, a su vez, respetabilidad al periódico, etc.). La forma de concebir la política del periódico tiende así a alinearse con la que el campo político impone al campo de la prensa: ya que no son, por ejemplo, ilustres desconocidos condenados de forma severa por una “justicia de clases” quiénes salen en la portada del diario, sino –como en cualquier otro periódico- que son las declaraciones de los principales líderes políticos y sindicales, aunque con un leve distanciamiento en los titulares.

Augustin Cochin muestra cómo, con la Revolución, aparece una “opinión social”, una opinión “artificial” de algunos, formada, impuesta e imperante en determinadas condiciones, la cual imita la amplitud y la unidad de

²⁵Incompetencia sin duda variable según los periódicos y los dominios pero que se reivindica como cualidad profesional indispensable para “ir al grano”, en oposición al saber complicado de los especialistas.

²⁶ Tal y como se ha visto por ejemplo en el incidente llamado “de la grue de Latche”: los dirigentes de una cadena televisiva fueron sancionados políticamente por no poderse realizar una entrevista en directo con el presidente de la República debido a razones técnicas de retransmisión.

un gran movimiento de opiniones sin por ello perder la cohesión y la conducta apropiada²⁷. Si muchos análisis de los historiadores de la Revolución francesa pueden trasladarse fácilmente al periodo contemporáneo es quizás porque la Revolución tuvo que plantear de manera explícita la mayor parte de las preguntas que el campo político debe de resolver aún hoy, aunque ahora de un modo implícito. No basta con inventar nuevos principios de legitimidad para la acción política como el Pueblo, la Nación o, más recientemente, la Opinión Pública, pues falta aún por saber quién tiene el derecho de invocarlos y de hablar en su nombre. En la Revolución la estructura recurrente del funcionamiento político se encontraba constituida por la oposición entre los militantes de los clubs que pretendían representar al Pueblo y los diputados electos que se consideraban los representantes legales de la Nación, es decir, la oposición entre las elecciones y las manifestaciones callejeras. Así, al igual que en las “jornadas de motines” durante la Revolución, aunque de manera más pacífica, las manifestaciones y los desfiles de masas pretenden hacerse ver como otras tantas encarnaciones del Pueblo, siendo uno de sus objetivos presionar a los representantes salidos de las urnas²⁸.

Para ilustrar este juego permanente entre los sondeos, las manifestaciones callejeras y los procesos electorales se pueden mencionar algunas reacciones características del personal periodístico-político en la manifestación de Versalles del 4 de marzo de 1984. Al comentar esta manifestación, un periodista de radio, después de notar que no había “visto nada parecido desde las grandes manifestaciones sindicales de mayo de 1968”, concluye que “realmente se puede decir que los franceses quieren libertad de enseñanza”; otro comentarista se limitará, de una forma más directa, a constatar que la amplitud de esta manifestación se explica por “el desfase entre la representación política institucional y la *vox populi*”; por último, un responsable político del RPR favorable a la enseñanza privada declarará, mencionando un sondeo de opinión ambiguo: “Más del 75% de las familias quieren libertad de enseñanza; no soy yo quien lo dice sino los franceses que se expresan en los sondeos y las manifestaciones”.

En resumen, al analizar sus relaciones con el poder político, el mundo agrícola ofrece, de forma resumida, una muestra de las formas inventadas desde la Revolución para manipular la relación de representación. Antes de mayo de 1981, la FNSEA encarnaba la figura del representante por derecho del campesinado, el compañero “de elección” del poder político, en el sentido que la expresión tenía en su origen²⁹. Impugnado en su monopolio de representación, la FNSEA reinventó el sufragio censitario (por ejemplo, al declarar François Guillaume que “la representatividad se mide en función de la calidad”. *Les nouvelles littéraires*. 25-31, marzo 1982) y sobre todo organizó una escenificación de su representatividad numérica. Contra la demostración en las calles y la parte de grandilocuencia que siempre lleva consigo, el poder político siempre se remite a las urnas (las elecciones a las Cámaras de Agricultura), invocando la concepción puramente cuantitativa de la representatividad, tal como funciona hoy en día en el campo político³⁰. Y a la ley del número, se añade además otra forma -menos utilizada en la actualidad-, la de los “Estados Generales”, la cual pretende hacerse

²⁷ A. Cochin, *L'esprit du jacobinisme*, Paris, PUF, 1979.

²⁸ Los historiadores muestran que hasta el siglo XVII la elección no tenía el sentido jurídico restringido que ella adoptó posteriormente. Ser “electo” significaba simplemente ser elegido o designado por una autoridad sin que eso implicase el voto libre y la ley de la mayoría, tal y como es el caso en el procedimiento electoral contemporáneo. Véase R. Chartier, *La convocation aux États de 1614. Notes sur les formes politiques*, en *Représentation et vouloir politique*, Paris, EHESS, 1982, pp. 53-62.

²⁹ En particular, en periodos de crisis política donde “la calle” intenta predominar sobre “las urnas”, como se ha visto por ejemplo en los motines parisinos de febrero de 1934 donde los manifestantes querían tomar realmente el palacio Bourbon, o más recientemente en mayo de 1968, donde el poder en contra de la calle buscó movilizar la “mayoría silenciosa” expresada en las urnas.

³⁰ Un político que se presentaba a sí mismo como realista declaraba hace algunos años que “los votos no se pesan sino que se cuentan”.

eco de las verdaderas quejas de la base³¹. Pues, ya se trate de votos, de manifestaciones espectaculares o de procedimientos que aspiran a conceder directamente la palabra a los agricultores, es posible que todas estas formas aparentemente en competencia concuerden -más allá de sus oposiciones- en que existe una “base” que piensa y que quiere algo.

Grupos reales y actores colectivos

Si la cuestión de la representación constituye uno de los mayores problemas en la historia del pensamiento político es quizás debido a que la política es, ante todo, una lucha por saber quién tiene el derecho de hablar y en nombre de quién, es decir, una lucha por la palabra y por el arte de hablar por los grupos³². Y mucho más en las sociedades modernas que, por sus dimensiones morfológicas, hacen necesarios los portavoces y los representantes patentados, encargados de decir lo que piensan los “grupos”, dado que éstos son mucho más entidades propias de la metafísica social³³ que conjuntos reales de individuos. Esto se ve claramente cuando interrogamos por la naturaleza de los “grupos”, de los que ciertos agentes sociales son los representantes; como había señalado Durkheim, quien ya oponía los grupos profesionales estructurados a los individuos atomizados (que no se conocen y van unos tras otros desfilando ante las urnas³⁴). Por ello, no es excesivo pensar que lo esencial del juego político se juega precisamente en la construcción social de grupos políticos, más o menos homogéneos o reales, es decir, en la producción de los actores colectivos que pueden legítimamente participar en la lucha política y cuya palabra es reconocida como política, esto es, como palabra de un grupo y no como simple opinión individual.

“Los franceses piensan que...”, “los agricultores quieren que...”, “los productores de cereales de la región de Beauce exigen que...”, “los pequeños campesinos de tal comuna están a favor de...”: existen entre estas diversas formulaciones –en apariencia análogas- diferencias que no son sólo cuantitativas o de grado, ya que los grupos, que son los sujetos colectivos de estas proposiciones, no son realidades sociales de igual naturaleza. En efecto, ¿qué pueden tener en común? Por un lado, un pequeño grupo local o un grupo primario como el que conforma el conjunto de los campesinos de una misma localidad, que se conocen, que están vinculados por relaciones de apoyo mutuo y/o parentesco, que comparten generalmente un mismo modo de vida y las opiniones que cada uno expresa de forma abierta y por las cuales el grupo fortalece y mantiene su cohesión; por otro lado, un grupo de profesionales, grupo objetivo que reúne en una asociación a profesionales que no siempre se conocen pero que, por tener intereses profesionales comunes, buscan defenderlos; y por último, un grupo en parte nominal, estadístico, abstracto o, si se quiere, ideológico como es el de los “agricultores” (o con mayor razón el de los “franceses”), denominación que pretende reunir un vasto conjunto de individuos, cualesquiera que sea su edad, sus ingresos, su actividad profesional, su localización geográfica o la fracción de clase a la cual pertenezcan.

³¹ Sobre el desarrollo de los “Estados Generales del desarrollo agrícola” (mayo de 1982-febrero de 1983) y las formas sutiles de manipulación a las que dieron lugar, véase el artículo de Charles Suaud, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 52-53, junio, 1984.

³² Como recuerdan los etnólogos, el jefe en las sociedades primitivas es el que sabe hablar, o lo que viene a ser lo mismo, el que tiene el derecho y el deber de hablar para la tribu. Se trata de aquel que reina sobre la tribu al reinar sobre las palabras de la tribu, de modo que debe movilizar su talento oratorio para convencer y apaciguar las discrepancias. Cf. P. Clastres, *La société contre l'État*, Paris, Éd. Minit, 1974, pp. 133-136. (Existe versión en castellano : Pierre Clastres, *La sociedad contra el Estado*, Barcelona, Monte Avila Editores, 1978).

³³ Sobre la constitución de grandes unidades estatales que excluyen cualquier democracia “directa” y las consecuencias de la formación de grandes “monopolios políticos”, véase N. Elias, *El proceso de civilización*, FCE, México, 1987.

³⁴ E. Durkheim, *Leçons de sociologie*, Paris, PUF, 1969, p. 138. (Existe versión en castellano: Émile Durkheim, *Lecciones de sociología*, Madrid, Akal, 1982).

Así, de igual modo que la “opinión pública” a la que creen acceder los institutos de opinión no existe en sí (pues sólo existe en tanto que artefacto producido por los mismos institutos de opinión³⁵), tampoco existirán “los agricultores” como grupo, es decir, como colectivo real. Esto no significa, evidentemente, que la categoría “agricultores” no exista, ni siquiera que unos individuos no se ubiquen o no sean ubicados por otros en esta categoría, a pesar de que el acuerdo no sea unánime sobre este punto, pues algunos la prefieren a la categoría de “campesinos” mientras que otros la rechazan como expresión peyorativa. Ahora bien, ¿no hay que ver precisamente en este desacuerdo sobre la designación de una población heterogénea la señal de que lo que existe en realidad no es el grupo como mero dato social a registrar, sino un proceso social (y político) de fabricación de colectivos sociales, es decir, un conjunto de agentes que están interesados en la producción o en la reproducción de la categoría “agricultores”, los cuales la manipulan o son manipulados por ella³⁶?

El pensamiento ordinario sobre el mundo social, que espontáneamente es sustancialista, otorga sin mayor problema la existencia plena y entera de estas sustancias sociales producidas y que presentan a la vez suficiente verosimilitud, imprecisión y vaguedad como para poder funcionar sin mayor contradicción en las conversaciones cotidianas: por ejemplo, cada uno puede pensar concretamente lo que quiera (dentro de ciertos límites) de la categoría “agricultores” (un pequeño cultivador tradicional o un joven agricultor modernizado, una población directamente vecina o simples personajes sacados de la literatura, etc.) en función del interlocutor, del problema discutido y del tipo de individuos concretos que la categoría evoca para él, aunque también teniendo en cuenta la biografía, las lecturas, la profesión, la edad, etc., de cada agente social³⁷. Y sin duda no es excesivo pensar que muchas discusiones ordinarias –incluso científicas– sólo existen en razón de los contenidos variables que los individuos asocian a esas entidades colectivas (que Durkheim denominaba “prenociones”) y bajo el malentendido más o menos involuntario que implican y retroalimentan. Por ello, no es suficiente mostrar como hace Max Weber, a propósito precisamente de la expresión “los intereses del campesinado”, que “son sobre todo conceptos *colectivos*, tomados del lenguaje corriente, los que provocan dificultades”³⁸, ya que no se trata aquí de criticar conceptos lógicamente confusos sino más bien de registrar como un hecho la existencia de conceptos y de colectivos socialmente producidos que ejercen efectos sociales, los cuales son bien reales. La “oscuridad retórica” que deploraba Weber no puede ser suprimida con una simple “determinación clara, rigurosa y conceptual”³⁹, dado que esa oscuridad es precisamente el producto, socialmente necesario, de las luchas libradas por los agentes interesados en la producción o reproducción de esos colectivos, o que buscan imponerles una definición o una delimitación posible entre otras. Luchas tanto más interminables desde el momento que se trata de luchas simbólicas en torno a la definición de entidades colectivas, que no existen en sí mismas y por tanto no pueden imponer la materialidad científicamente indiscutible de sus propios límites.

Una vez constatado que los cambios en el campo político implican, la mayoría de las veces, cambios en los pesos de poder político concernientes a los representantes establecidos de los grupos sociales y que uno de los juegos más importantes en política reside en la elección de los interlocutores (que el poder designa como “válidos”, esto es, como “representativos”, o a la inversa), se sigue entonces que sean los periodos de transición los que se revelen como particularmente interesantes para comprender las luchas políticas vinculadas al trabajo de producción y delimitación de las categorías sociales, junto con las formas específicas de luchas por la representación. Ello se ve, de manera evidente, en el caso de la agricultura, ya que la

³⁵ P. Bourdieu. La opinión pública no existe. *Cuestiones de sociología*. Madrid, Ediciones Istmo, 1999, pp. 220-233.

³⁶ Sobre los usos -muy controlados estratégicamente- que hace el sindicato agrícola de los conceptos de “agricultores” y de “campesinos”, véase S. Maresca, *Les dirigeants paysans*, Paris, Ed. de Minuit, 1983, pp. 223-227.

³⁷ Algo similar ocurriría para las categorías de obreros, cuadros medios, pero también bajo la categoría de jóvenes, de gente mayor, etc.

³⁸ Véase M. Weber, *Essais sur la théorie de la science*, Paris, Plon, 1965, pp. 206-209.

³⁹ *Ibid.*, p. 210.

cuestión previa a toda negociación política ha girado en torno a la naturaleza y extensión exacta de su representatividad (la cual el poder socialista no ha cesado de plantear durante meses a la FNSEA), es decir, en realidad, a la naturaleza y la extensión del grupo que, de forma efectiva, ella representaba. Así, la manifestación del 23 de marzo se inscribe en el marco de esta lucha, constituyendo un momento fuerte.

Se comprende por qué, a pesar de las transformaciones considerables que han caracterizado, sobre todo desde hace una treintena de años, al sector agrícola –tanto en el plano económico como morfológico- el “problema campesino” continúa, con una constancia asombrosa, inaugurando en una atmósfera de crisis la mayor parte de los cambios políticos relevantes que suceden en Francia: de hecho, los inicios de la Vª República estuvieron marcados por una serie de manifestaciones agrícolas, origen de las leyes de base agrícolas de 1960 y 1962. Igualmente, en mayo de 1981, tras el acceso de la izquierda al poder, se ha podido observar una recuperación de la “agitación campesina” y, sobre todo, una intensa agitación de los sindicatos agrícolas que, a pesar de las proclamaciones de apoliticismo de sus dirigentes, parecen vinculados al cambio político, en su gran mayoría. Para percibir los efectos políticos de la constitución de estos sujetos colectivos, basta con comparar el sector del comercio y artesanado con el de la agricultura. Próximos en muchos aspectos –pues se trata también de una población heterogénea de trabajadores familiares independientes y en la que una amplia fracción se encuentra en declive-, sin embargo, el sector del comercio y artesanado tiende a transformarse de una manera políticamente más discreta (al margen de brotes efímeros y raros), a pesar de que este sector sea hoy en día numéricamente superior al de la agricultura (7,6% de la población activa contra el 6,5% solamente de los agricultores en 1982⁴⁰) y aunque haya sido mucho menos ayudado por el Estado de forma financiera. La razón es que el peso político de los grupos sociales no se puede reducir a su peso numérico. Pues aunque los agricultores en nuestros días son poco numerosos, ellos siguen ocupando mucho espacio geográfico y se benefician –por medio de un efecto de histéresis de las representaciones colectivas- del peso numérico y político que detentaban hace sólo algunos años (en 1954, representaban todavía el 20,7% de la población activa). El lugar simbólico ocupado por los agricultores sigue siendo importante en la medida que constituyen siempre el soporte de potentes fantasmas sociales: ayer, el campesino “sano y trabajador” contra los obreros “reivindicativos”; en la actualidad, el campesino “natural” contra la vida “artificial” y “contaminada” de las ciudades. Ahora bien, este no es el caso del artesanado y del comercio, que continúa siendo un sector no unificado simbólicamente y políticamente hablando: además, el hecho de que en el pasado sus efectivos no fuesen mucho más numerosos que hoy en día, al igual que el hecho de que este sector no se superpusiera totalmente al mundo rural (como sucede con los agricultores), hace que tenga que defenderse de estereotipos desvalorizantes, en particular, el del intermediario aprovechado (“el tendero”). Los problemas de este sector que no fue capaz de constituirse como grupo social autónomo en el campo político, tienden a seguir siendo problemas económicos y sociales limitados y coyunturales.

Las elecciones a las cámaras de agricultura (enero de 1983)

La elecciones a las Cámaras de Agricultura que tuvieron lugar en enero de 1983 habría debido permitir apreciar de forma indiscutible la “representatividad” de la FNSEA (y del CNJA). De hecho, al igual que en la mayoría de las elecciones políticas, el sentido de estos votos (cuyas “motivaciones” son sin duda todavía más heterogéneas que aquellas que subyacentes en la participación en manifestaciones) lejos de ser claro y evidente, es más bien el producto de la lucha por imponer una interpretación de los votos entre las organizaciones sindicales, los comentaristas políticos y el poder político. Una interpretación tanto menos evidente en la medida que las situaciones locales eran particularmente dispares y las mismas listas presentadas, esto es, la oferta local de opinión político-sindical, eran muy diversas y variables según los departamentos, lo que hacía problemáticas las totalizaciones en un

⁴⁰ Véase A. Desrosières, A. Goy et L. Thévenot, *art. cit.*, p. 65. A modo de comparación, los “obreros” representaban el 32,5% de la población activa en 1982.

plano nacional.

No obstante, la FNSEA se había esforzado mucho en unificar las listas que presentaba: el 17 de noviembre de 1982, François Guillaume creó la sigla “Unité et force paysannes” (UFP) que se acompañaba de un breve manifiesto. Durante un mes François Guillaume emprenderá una verdadera campaña electoral a la americana recorriendo más de una treintena de departamentos. Hombre orquesta que busca orquestar en su propio beneficio las elecciones, cuenta así su trabajo de movilización:

“Todas las regiones han sido cubiertas por nuestras reuniones. Todos los problemas han sido evocados para atestiguar la preocupación que tiene la FNSEA por cada uno de los agricultores, sea cual fuera, su región o su producción. En Digne hablé del cordero y de la lavanda. En Angoulême, del coñac. En Chateaufort, de las frutas y las legumbres y también del vino. En Perpignan, de la entrada de España en el mercado común. En Rouen, de los problemas de la producción de leche. En Rennes, de los problemas monetarios, del cerdo y de las aves de corral. En Clermont-Ferrand, de la agricultura de montaña. En Brive, de la carne bovina. En Poitiers, de los problemas sociales. En Arras, de la fiscalidad (...).

*Para cumplir en tan poco tiempo semejante periplo, alquilamos a una compañía aérea el pequeño jet que empleaban cotidianamente industriales o incluso dirigentes de cooperativas agroalimentarias. Este avión despertaba la curiosidad (...). No deberíamos asombrarnos de este gasto, como si una organización que reagrupa a setecientos mil explotaciones agrícolas cuya cifra de negocio global supera los doscientos millones no pudiera servirse de los medios necesarios para una campaña electoral digna de tal desafío” (F. Guillaume, *Le pain de la liberté*, París, J-C. Lattès, 1983, p. 205).*

A pesar de los arbitrajes realizados por Guillaume para unificar las listas de la FNSEA, estas últimas no seguirán un único modelo; de hecho, habrá, según los departamentos, listas FNSEA y CNJA separadas y conjuntas. Algunas listas serán listas de unión UFP sin ninguna otra precisión; otras incluso serán listas de unión pero no UFP, etc. Esta situación, que evoca en cierto sentido las elecciones municipales, explica la lentitud con la cual, al final de la jornada electoral, el Ministerio de Agricultura (que ante tales circunstancias movilizó los servicios del Ministerio del Interior) dio los primeros resultados. Los imperativos de fabricación de los periódicos hacían que los periodistas no pudiesen apenas esperar hasta muy tarde, algo que dejó a la FNSEA la iniciativa de ofrecer los primeros resultados que serán recogidos desde ese momento por la prensa y que se impondrán políticamente a pesar de las contestaciones suscitadas legítimamente. En el siguiente relato, el propio François Guillaume narra ingenuamente su estrategia – muy poco ingenua- frente a la prensa:

“78, calle de Varenne (Ministerio de Agricultura) – 20 horas. Es la gran tarde. En el Ministerio del Interior se pensaba en una noche de legislativas. En grandes tableros se enmarcan, en el eje de ordenadas los departamentos y en el de abscisa las listas que se presentaban.

El hecho de publicar al detalle aquellas listas que nosotros reagrupamos caracterizaba ya las intenciones ministeriales de fraccionar nuestros resultados en tendencias (...). Curiosamente, pasadas las 21 horas, nada aparecía aún en los tableros, cuando en realidad las últimas oficinas de voto cerraron a las 18 horas. El gabinete del ministro tranquilizaba a la asistencia. A las 22:30 horas, el ministro haría una declaración. Más vale esperar. Los titulares de los periódicos de mañana serán más fiables.

Mientras, como un vuelo de gorriones, los periodistas frustrados abandonan la calle de Varenne para concentrarse en la calle de La Baume. Yo los esperaba. Tenía ganas de pincharles un poco. Les invité a nuestro buffet. Ante todo tienen hambre de resultados. Les prometí los veinte primeros departamentos para las 22 horas. A la hora señalada, y con cierta solemnidad, el presidente del CNJA y yo mismo anunciamos las cifras de veinte departamentos muy repartidos por el territorio nacional:

- La tasa de participación se establece en el 72%.
- El resultado de la FNSEA se eleva hasta el 69,8%.

Antes de acudir a las radios, me declaro preparado para anunciar a las 23 horas los resultados de 50 departamentos y para la media noche la totalidad (...). Queda por evaluar nuestra victoria. Muy pronto la prensa hablada y escrita

saluda nuestro éxito. Finalmente puedo expresarme en Antenne 2 durante algunos minutos, en el noticiero de la noche, y precisar el estado de nuestras conquistas (...). Al mismo tiempo, esa misma noche, la propaganda ministerial se desvela al intentar sacar nuestro porcentaje. El tono de la televisión estatal estaba marcado. TF1 me rechaza el directo a las 20 horas y amputa mi declaración, señalando así la desavenencia ministerial. Pero la opinión no es ingenua y rechaza que le tomen el pelo. ¡Hemos ganado y bien ganado! Esto resulta incontestable a los ojos de todos. Sin embargo, el Ministerio no cede. En resumidas cuentas, él nos retira los sufragios de las listas presentadas por siete de nuestras federaciones departamentales. ¡Entre éstas la federación de Vaucluse, cuyo presidente es el tesorero de la FNSEA!

Algunos días más tarde, Jacques Chapus me invita a su programa de las 18 horas en RTL para precisar las cosas. Con él, me siento a gusto. Sus preguntas, tan inteligentes como directas, valorizan siempre al interlocutor. Sobre dicha hora, con un fajo de hojas en la mano, él se instala en el estudio ante un conjunto de micrófonos con su habitual vaso de whisky cargado de hielos, con las gafas bien puestas sobre lo alto de su frente, con una voz ronca que transmite por las ondas el enunciado de noticias previamente seleccionadas. Algunos segundos antes de preguntarme y con un golpe de mentón interrogante se asegura de que estoy preparado para responderle. (F. Guillaume. *op. cit.*, pp. 210-212).

Otra presentación de los resultados sería posible, la cual no habría acreditado al presidente de la FNSEA con un resultado tan importante: si sumamos los votos obtenidos por las listas situadas de forma explícita bajo las siglas UFP –creada por Guillaume–, no se obtendría más que el 54% de los votos y éstos pueden ser interpretados en el mejor de los casos como votos que plebiscitan al líder campesino.

Instituido por razones políticas como entidad autónoma a comienzos de la IIIª República, el sector agrícola ha permanecido hasta hoy como un sector al que podríamos calificar de “altamente politizado”, es decir, un sector que parece estar en contacto directo con el campo de las luchas políticas. Y no solamente porque la población agrícola ha representado durante mucho tiempo una masa determinante de electores de la que los partidos políticos buscaban sacar rédito electoral o porque, de forma más reciente, el sector agrícola depende estrechamente de un conjunto de disposiciones legislativas inscritas en una política agrícola nacional y comunitaria. Al contrario, la politización del sector agrícola parece residir en el hecho mismo de que una población socialmente heterogénea y geográficamente atomizada se encuentre históricamente constituida – en el campo político- como un todo homogéneo, es decir, como una suerte de actor colectivo que supuestamente quiere y actúa, del que se podría decir, parafraseando a Jean-Jacques Rousseau, que la voluntad general trasciende la multiplicidad atomizada de las voluntades individuales que lo componen. Inventar así, o por lo menos, reconocer de manera oficial, el “mundo agrícola” o “los agricultores” como un sujeto/objeto autónomo del campo político (con todo su séquito de problemas “agrícolas”, de políticas “agrícolas”, sus organismos oficiales y sus instituciones especializadas: Crédit agricole, Mutualité agricole, Cooperatives agricoles, etc.), es plantear simultáneamente el problema de los representantes legítimos de este grupo social, esto es, la cuestión de los portavoces habilitados para decir lo que piensa y quiere el grupo, para hablar en su nombre y en su lugar en las negociaciones políticas. Sin embargo, debe señalarse que la relación que se instaura entre tal grupo y sus representantes no es simple, dado que nunca se sabe completamente (como en el caso “de los ejecutivos” por ejemplo⁴¹) si son los representantes quienes inventan el grupo o el grupo el que produce a sus representantes. Por otra parte, resulta probablemente poco pertinente saber –tratándose sobre todo del mundo agrícola- si el grupo existe de forma independiente de sus representantes sindicales o bien si la unidad de esta población de los “trabajadores de la tierra”, de la que ya hemos señalado su tradicional individualismo propietario, no es el producto de un trabajo de unificación realizado principalmente por las organizaciones profesionales agrícolas. En realidad, basta con que el grupo exista socialmente, con que los “agricultores” –como categoría- se conviertan en un actor de pleno derecho en el campo político para que los problemas agrícolas lleguen a ser “políticos”.

⁴¹ Véase L. Boltanski, *Les cadres*, Paris, Éd. De Minuit, 1982.

En este sentido, Las manifestaciones, los mítines y los desfiles representan formas de movilización particularmente interesantes, en la medida que producen reagrupamientos cuyo principal papel político consiste en engendrar grupos intermediarios entre grupos sociales reales y colectivos que existen sólo a modo de categorías sociales (en el sentido de categorías socialmente producidas). Los grupos reales, tienen, si se puede decir así, una realidad, ya que se tratan de reagrupamientos concretos y visibles de individuos que se reúnen en un mismo espacio (y en la mayoría de los casos se parecen, al menos en algún aspecto), a diferencia de los colectivos nominales, que son el producto de totalizaciones abstractas y sólo acceden a la existencia social porque existen agentes sociales que producen esas totalizaciones (como por ejemplo el estadístico de Estado que ponen en la misma categoría a todos los “agricultores” para brindar datos que permitirán elaborar una “política agrícola”, o incluso, como los institutos de sondeos que totalizan –en el mejor de los casos- opiniones privadas y las transforman en “opinión pública” al hacer pública la suma). Aunque esas concentraciones no siempre tienen la consistencia de los grupos reales, pues se trata de reagrupamientos puntuales, efímeros, generalmente heterogéneos, y a menudo, ambiguos respecto a las “motivaciones” de los participantes. Sin embargo, sus representantes no pueden producir a voluntad, como los estadísticos estatales, los grupos destinados a legitimar su representatividad, ellos no actúan, en efecto, como sumadores de cifras, sino que producen verdaderos desfiles de individuos reales, esto es, individuos que tienen un interés en manifestarse. El poder movilizador de las consignas, utilizadas por los organizadores de la manifestación, nunca es tan fuerte como cuando encuentran propiedades objetivas comunes inscritas en los agentes sociales. En otras palabras, el éxito de las concentraciones supone la existencia, en el trasfondo, de reagrupamientos objetivamente posibles. A su vez, las manifestaciones ejercen efectos propios y tienden a producir o fortalecer a los grupos, al hacerlos visibles hasta para ellos mismos: transforman colecciones de individuos, que tienen en común propiedades sociales, a veces ignoradas como tales, en grupos de interés, en grupos que pueden contarse y verse; pudiendo así contribuir a hacer existir a los grupos, tanto por las acciones colectivas que generan como por el sentimiento de pertenencia a colectividades más amplias que logran suscitar. Y el recuerdo de esas concentraciones (que los organizadores nunca están seguros de poder volver a reproducir), sabiamente mantenido por conmemoraciones y fotos de recuerdo, puede incluso ofrecer, más allá de los reagrupamientos efímeros de manifestantes, la necesaria ilusión de su pertenencia⁴².

Si la FNSEA, por ejemplo, logró apropiarse y “nacionalizar” los descontentos sectoriales y locales, a menudo independientes unos de otros, de categorías muy diferentes de productores, para convertirlos en el descontento de toda una categoría social, tal vez sea en parte porque supo reactivar en todos los agricultores (sobre todo, haciéndolos desfilar por París, ciudad que simboliza tanto el poder político como los valores urbanos dominantes) el fondo anti-urbano y anti-estatal, producto de la historia, que aún llevan dentro. En efecto, siguiendo la lógica que recuerda a la que atañe a las etnias estigmatizadas, cada campesino, incluso al que le va bien, siempre puede verse asimilado a los más pequeños y sufrir así el desprecio socialmente ligado a toda la categoría social. El sentimiento de inferioridad común a todo un grupo puede entonces servir fácilmente como principio movilizador, con tal de que se vuelque hacia los dominantes: “Amigo parisino, recuerda la amenaza de aquel poema de tu niñez: Hermano, haz tu pan, que ya no te alimento”, declaraba, en el mitin de clausura François Guillaume, añadiendo: “Los campesinos necesitan consideración tanto como ingresos”. Es indudable que, más allá de este fondo anti-urbano (tanto más eficaz en la medida que reactiva estereotipos provenientes del mismo campo político –aunque de otra época- y difundidos en gran parte por la escuela primaria), aparecen aquí y allá oposiciones internas y conflictos de intereses que no pueden dejar de preocupar a poblaciones tan diversas. Por ejemplo, un periodista de *La Croix* señala que: “A los transeúntes

⁴² Estas concentraciones efímeras están destinadas a ser eternizadas por los fotógrafos –y especialmente por los fotógrafos oficiales del sindicato- para mantener la memoria del grupo y contribuir de esta forma a otorgarle cierta consistencia. La FNSEA filmó la manifestación del 23 de marzo de 1982, lo que le permitió retomarla posteriormente, en varias ocasiones, para ilustrar el tema -recurrente en las instancias dirigentes de la FNSEA- de la “unidad del campesinado”, mediante las fotografías del desfile parisino.

que entablan conversación, los campesinos les explican las reivindicaciones de sus organización pero rápidamente pasan a puntos de vista más personales. Un agricultor de la región de Beauce admite que ‘no todo es defendible en las posiciones de los viticultores de Midi’ y un ganadero de Bretaña afirma que ‘sus problemas son mucho más graves que los de un productor de cereales de la región parisina’” (25 de marzo de 1982). Sin embargo, estas disensiones inevitables no revisten gran importancia, en la medida que para los organizadores sólo se trata de producir un grupo que impresione y no un grupo capaz de actuar. Inmersos en conflictos internos, la mayoría de estos verdaderos “falsos grupos” no pasarían la prueba de la acción común y estallarían en grupos de interés más circunscritos pero más reales.

Así, nos podemos preguntar si lo que se llama comúnmente “la política” no consiste hoy en día sino en producir acciones de representación, tanto en referencia a la elecciones de representantes políticos como en relación a las acciones llevadas a cabo por los representantes de las categorías sociales más diversas, los cuales se suceden o se rencuentran en los diferentes lugares oficiales del poder político. Para el campo periodístico, “la política” tiende a identificarse de forma principal con el cruce de declaraciones (mediáticas) de representantes y portavoces, que toman posiciones unos en relación con los otros y que fabrican, a veces *ex nihilo* (aunque con la complicidad más o menos involuntaria de la prensa), el “acontecimiento político”, tan sólo con sus declaraciones delante de micrófonos de radio o cámaras de televisión⁴³. Sin duda tal vez sería hoy mucho más exacto hablar de campo periodístico-político desde el momento que la prensa y la política se encuentran estrechamente vinculadas. De hecho, hay “acontecimientos” que son tan “esperados” por el campo periodístico, a la vez espectador y actor del juego político, que tienden a existir incluso por anticipado.

De igual modo, sería interesante analizar los componentes del “tiempo de reacción”, variable según los periódicos y según los grupos sociales que pretenden manifestarse y llamar la atención de la “opinión pública”, entre la producción de acciones públicas de protesta y su eventual constitución en tanto “acontecimiento” por el ámbito periodístico. Ya que, mientras que un periodista de radio puede presentar por adelantado en el “Club de la prensa” la entrevista de un político como “el acontecimiento del día”, se necesitan generalmente varias semanas antes de que una huelga de trabajadores inmigrantes del sector automovilístico (o una “huelga de la leche” de agricultores del Oeste) sean portada de los periódicos parisinos. Y sería apenas excesivo decir que ciertas acciones públicas, en particular, la mayoría de las manifestaciones espectaculares, son producidas en gran parte porque el campo periodístico las espera y porque se inscriben en el modo de funcionamiento periodístico-político dominante hoy en día.

Así, en lo esencial, el arte de la política bien podría caracterizarse actualmente como el arte de jugar con esos mecanismos más simbólicos. En la medida que las manifestaciones sindicales son un medio para hacer presión en las negociaciones políticas e imponer la creencia en la existencia de categorías sociales, el cambio político [hacia la socialdemocracia] de mayo de 1981, al modificar precisamente los interlocutores privilegiados del poder político, tuvo por efecto forzar a unas “categorías sociales” que apenas habían estado habituadas a manifestarse de forma pública para recordar su existencia ante el poder: mientras que las manifestaciones organizadas por las grandes centrales sindicales obreras eran más esporádicas –debido precisamente al hecho de que sus representantes ocupaban una posición más fuerte en los órganos políticos– otros cortejos invadieron las calles de la capital, por lo general insólitos dada su inhabitual operatividad, como por ejemplo los desfiles de los ejecutivos, de los patrones de las pequeñas y medianas empresas, de los médicos, de los profesores o incluso, tal y como hemos visto, de los agricultores. De este modo se comprenden las relaciones propensas a instaurarse casi siempre entre el poder político y el sector de la prensa, al desempeñar este último un rol privilegiado (muchas veces, sin pretenderlo) en las estrategias de valorización utilizadas por los representantes de las diferentes categorías sociales que pretenden influir sobre el campo político, al mostrar de forma realista y espectacular los colectivos sociales cuya realidad social viene

⁴³ Las famosas “declaraciones” de algunos políticos que se convierten en titulares para comentaristas políticos y para el conjunto de los periódicos.

marcada, en gran medida, por los periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión presentes a lo largo de los desfiles. La acción política radica entonces, en gran parte, en la capacidad de producir esos auténticos “falsos grupos” (que no son tanto grupos de acción como grupos de representación) y que sólo sirven, por lo general, para elegir a aquellos que los organizan⁴⁴. La política, hasta cierto punto, consiste en saber usar la energía social específica que producen esas concentraciones públicas. Sin duda, quienes participan en estos grupos visibles de protesta pueden “autoconsumir”, valga la expresión, una parte de la energía colectiva que producen, principalmente bajo la forma efímera del “placer de estar juntos” o bajo la forma más duradera del “rearme moral”. Sin embargo, la mayor parte de esta energía está destinada a ser captada por los representantes de esos grupos para imponer la negociación y, sobre todo, imponer a los negociadores ante el poder político.

Objetivo de los portavoces y representantes de todo tipo, la prensa escapa difícilmente al rol de valedora y megáfono de quienes quieren hacerla entrar en el juego. No siempre se sabe si el profesionalismo puesto de relieve por numerosos periodistas y, en particular, por los que ocupan las posiciones más expuestas a las presiones políticas (televisión y radios nacionales) funciona como garante de su autonomía o como pura denegación. En política, más que en otras partes, la “base” es la última en poder acceder a la existencia periodística, a no ser que sea por mediación de portavoces que hablen en su lugar o de representantes que negocien en su nombre. “Lo que sucede en la televisión parece más real”, declaraba un productor de televisión. De hecho, la base, anónima, diversa, heteróclita, farfullante y contradictoria va mal, salvo excepción, en la televisión; apenas suscita el interés de los periodistas, pues ello implicaría un trabajo largo y costoso, poco compatible con el funcionamiento de la prensa. Por el contrario, los portavoces están siempre al alcance del micrófono del periodista y además saben, como buenos maestros de la comunicación, presentarse y expresarse, en resumen, saben mostrarse y hablar en lugar de otros. Los representantes, ya sean nacionales o locales, que representan grupos reales o colectivos abstractos, constituyen siempre para los periodistas el camino más corto, además del más rápido y más económico; de hecho, los representantes hacen las veces de base: se consideran como los informadores de la base y en algunas ocasiones como la base misma. Un buen periodista, como se dice a menudo en la prensa, es alguien que posee una buena libreta de direcciones. Lo cual viene a señalar, de una forma eufemística, que el periodismo es el arte de servirse y de servir a los representantes más diversos⁴⁵.

⁴⁴ De forma más precisa (para evitar el realismo y sustancialismo que aún conlleva la noción de “grupo” utilizada aquí), sería más justo hablar de muy diferentes principios de agregación y constitución de los colectivos, que presentan, de hecho, muy diversos grados de cohesión social. Sobre este punto véase P. Champagne : *Statistique, monographique et groups sociaux*, en *Études dédiées à Madeleine Grawitz*, Paris, Dalloz, 1982, pp. 3-16. Y más en general, sobre los procesos de fisión o de fusión de los grupos, que no tiene nada que ver con la perspectiva estructural, véase E. E. Evans-Pritchard, *Los Núer*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1977.

⁴⁵ Para dar un ejemplo de esta relación ambigua en la que no se sabe quién se sirve del otro, podemos citar el caso de ese periodista de televisión que, al querer ilustrar el hecho de que “los ingresos de los agricultores bajan”, se dirigió a la Cámara de Agricultura de un departamento cercano a París. Una vez que ésta le indicó un agricultor, el periodista desembarca en su casa con todo el material y prepara una pequeña puesta en escena: la mujer del agricultor hace las cuentas y el marido, tras dirigirse durante algunos instantes hacia su esposa, responde a las cuestiones del periodista y declara que sus ingresos se han reducido de forma considerable, hasta el punto de que el año anterior no había podido marcharse de vacaciones más que 15 días en lugar de las tres semanas habituales. El periodista tuvo que rehacer varias veces la toma ya que la pareja parecía poco convincente. Finalmente, tras haber dado unas indicaciones sobre la manera de desempeñar su rol, el periodista obtuvo una toma aceptable para pasarla al telediario. Para completar esta anécdota -relatada deportivamente por el propio periodista durante el II Festival del film rural- hay que añadir, lo que los telespectadores no saben, que el agricultor en cuestión, uno de los más importantes de su departamento, era el presidente de la Federación departamental del sindicato de explotaciones agrícolas y que durante sus vacaciones hacía safaris en África.

La definición socialmente dominante de la política tiende ineluctablemente a reducirse a los combates oratorios, a las entrevistas exclusivas o a las declaraciones oficiales de representantes de colectivos sociales –cuerpos electorales, categorías socio-profesionales o grupos de intereses transformados en grupos de presión– que consiguieron entrar, con la ayuda de la prensa, en el interior del círculo mágico que constituye el espacio político. Sin embargo, sería sin duda ingenuo caracterizar esta situación, tal y como lo hacía algunos años antes un politólogo, como una “democracia sin el pueblo”⁴⁶: en efecto, eso sería conceder demasiado al campo político al dar a entender de forma implícita que una democracia “con el pueblo” puede existir. Pero, ¿son acaso los politólogos los mejores situados para percibir que el “pueblo” –al igual que la “cultura popular” o el “campesinado”- no existen realmente y que no son más que conceptos ambiguos, con una geometría variable, que se utilizan en las luchas simbólicas por la dominación?

⁴⁶ M. Duverger, *La démocratie sans le peuple*, Paris, Éd. Du Seuil, 1967. (Existe versión en castellano: Maurice Duverger, *La democracia sin el pueblo*, Barcelona, Ariel, 1968).